

PUNTO ROJO

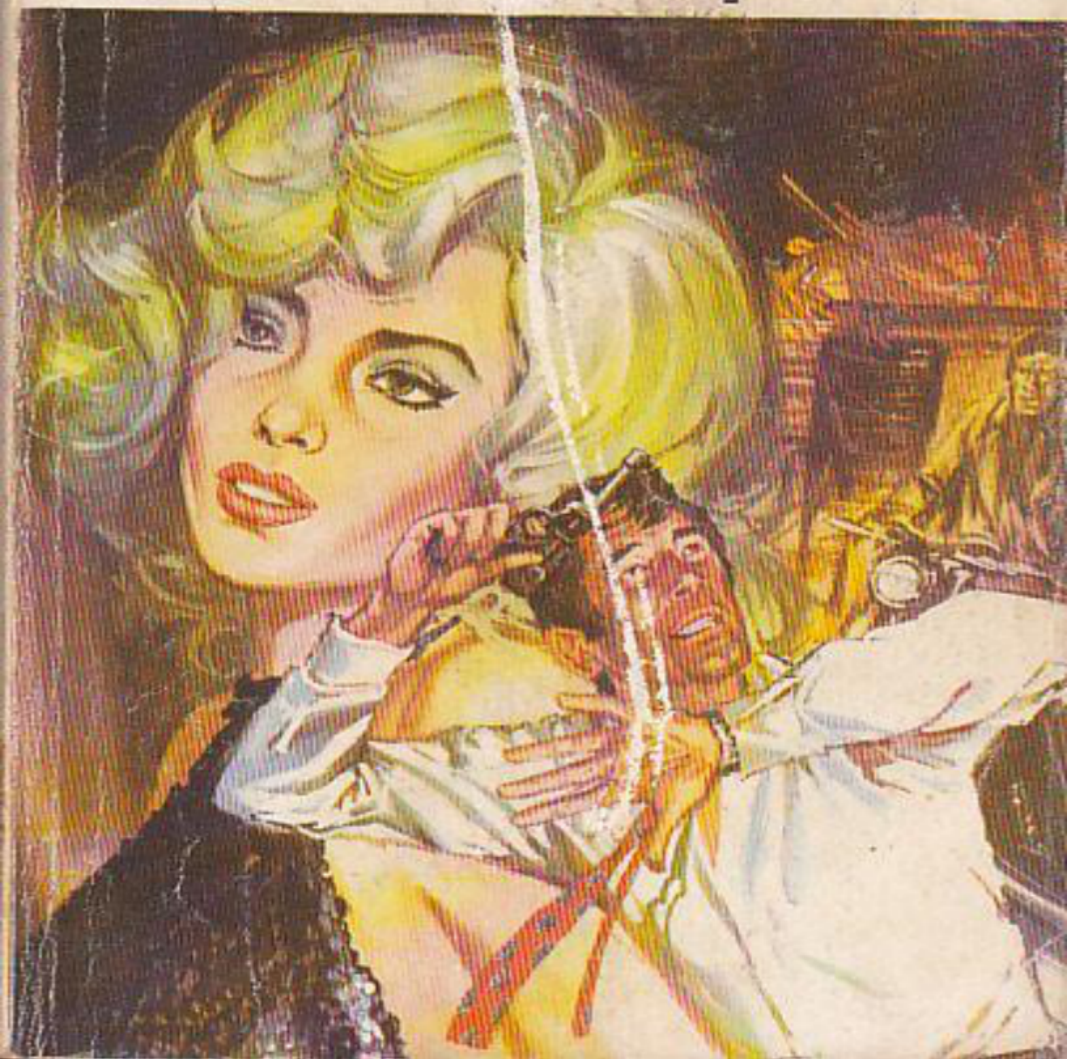
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

LA ARTISTA Y EL DETECTIVE

Joseph Berna



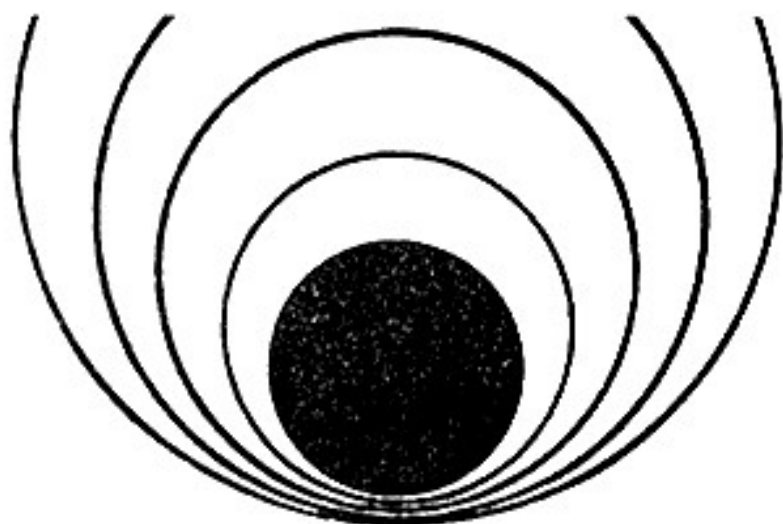
LA ARTISTA Y EL DETECTIVE

JOSEPH BERNA



Colección
PUNTO ROJO n.º 1.110
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.720 — EL superbebé.

En Colección KANSAS:
1.311 — Una hiena con revólver.

En Colección COLORADO:
841 — Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
647 — Encuentro en la ciudad muerta.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
546 — A punta de látigo.

En Colección PUNTO ROJO:
1.098 — La hija del mafioso.

En Colección CALIFORNIA:
1.401 — Las dulces chicas de Wayne Rock.

ISBN 8402 02520 X
Depósito legal: B. 23.074-1983
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: agosto, 1983
1ª edición en América: febrero, 1984

© Joseph Berna — 1983 texto
© Garda — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (Espana)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

LA Estrella Polar, uno de los clubs nocturnos más populares de Chicago, se hallaba muy concurrido aquella noche. Como casi todas, porque era muy raro entrar en él y encontrarlo vacío o semivacío.

El club estaba muy bien montado y los clientes se sentían a gusto en él, ya que no echaban nada a faltar. La orquesta era magnífica y los artistas que actuaban en la pista de atracciones tenían todos una calidad excepcional, porque, de otro modo, Frank Latham no los hubiera contratado.

Era el dueño del club.

Un hombre exigente, autoritario, que luchaba cada día por ofrecerle al público lo mejor. Quería mantener el prestigio de su local, no perder clientes, sino conseguir más.

Uno de los alicientes de la sala, eran las camareras, todas ellas jóvenes, altas, espléndidamente formadas. Atendían las mesas muy ligeras de ropa y permitían, con la sonrisa en los labios, que los clientes más atrevidos les acariciasen las piernas, les palmeasen el trasero, o les pellizcasen el busto.

Frank Latham lo quería así.

Había que tener contentos a los clientes.

Eddy Fletcher, el presentador de la sala, salió a la pista e hizo un gesto a los músicos, para que dejaran de tocar.

La orquesta, que estaba interpretando una pieza suave y melodiosa, enmudeció, para que el presentador pudiera dirigirse al público que prácticamente llenaba el local.

Eddy Fletcher era un tipo alto, delgado, apuesto. Tenía el pelo negro y rizado, contaba veintinueve años de edad, y vestía un brillante smoking.

Se acercó el micrófono a la boca y dijo:

—Damas y caballeros, tengo que darles una mala noticia. La maravillosa y escultural Sylvia Daniels, se ha sentido repentinamente indispuesta y no podrá actuar esta noche. Un murmullo recorrió la sala.

Los clientes tenían ganas de ver a Sylvia Daniels, porque su número era uno de los mejores que podían presenciarse actualmente en La Estrella Polar.

Era la artista con más «gancho».

La atracción número uno.

Eddy Fletcher tomó la palabra de nuevo:

—Me consta, señoras y señores, que se sienten todos terriblemente desilusionados. De manera especial, los caballeros, porque Sylvia Daniels es una de las mujeres más hermosas de Chicago, de Estados Unidos, y hasta del mundo entero. Contemplar su exuberante cuerpo desnudo, es un placer para...

Los clientes empezaron a reír.

El presentador, desconcertado, volvió la cabeza, porque los espectadores parecían mirar detrás de él.

¡Y con razón reían!

¡En la pista había aparecido una de las mujeres de la limpieza!

¡La más fea de todas!

Eddy Fletcher dio un nervioso respingo y fue rápidamente hacia ella.

—¡Fuera, Thelma! —exclamó, empujándola.

—¡Cuidado, que me va a tumbar el cubo! —dijo la mujer, dando un traspié.

El cubo lo llevaba en la mano izquierda, mientras que en la derecha portaba un mocho. Se cubría con un guardapolvo gris, bastante sucio, y llevaba un pañuelo a la cabeza, que le ocultaba totalmente el pelo.

A primera vista, podía calcularse que la mujer tenía unos cuarenta y cinco años de edad. Y no sólo era fea, sino desgarbada. Un verdadero adefesio.

Eddy Fletcher dejó de empujarla, por temor a que la mujer soltara el cubo y pusiera la pista perdida de agua.

—¿Cómo se le ha ocurrido salir a la pista...? —preguntó, recriminándola con la mirada.

—Bueno, le oí decir que Sylvia Daniels no puede actuar esta noche, porque se ha puesto enferma, y decidí salir en su lugar —respondió ella, con una sonrisa, tan desagradable como toda su cara.

Y es que tenía las cejas muy grandes, casi juntas, la nariz ganchuda, como de bruja, un lunar horrible en el pómulos derecho, pues parecía una mancha, una verruga en el pómulos izquierdo, otras dos en la barbilla...

Y, encima, tenía los dientes muy estropeados.

Una bruja auténtica, vamos.

De ahí que el público se hubiera echado a reír al verla aparecer en la pista de atracciones.

La tal Thelma era una atracción, desde luego.

¡Pero para el zoológico!

Eddy Fletcher se había quedado con la boca abierta al oír la respuesta de la mujer.

—¿Salir en lugar de Sylvia Daniels, dice...?

—Sí, quiero sustituirla.

El presentador dilató los ojos.

—¿Sustituir a...? —preguntó, sin poderlo creer.

—Sí, hacer su número.

—¡Está loca!

—¿Por qué?

—¿Hacer usted un número de «strip-tease», con esa cara...?

—¿Qué le pasa a mi cara?

El presentador no pudo responder, porque la risa le impedía hablar.

También los músicos reían con ganas.

Y el público...

Se mondaban, vamos.

La mujer de la limpieza se picó al oír tanta carcajada, dejó el cubo en el suelo, y levantó el mocho.

—¿A que empiezo a mochasos con todo el mundo...? —amenazó, encarándose con los espectadores.

Incluso dio un par de pasos hacia una de las mesas más próximas a la pista de atracciones.

Eddy Fletcher se apresuró a agarrarla del brazo.

—Thelma, por favor.

—¡Se están riendo de mí!

—Retírese de la pista, se lo ruego.

—¡No! ¡Quiero actuar! ¡No seré tan guapa como Sylvia Daniels, pero mi cuerpo no tiene nada que envidiar al suyo! —aseguró la mujer, con gran desfachatez.

Naturalmente, las carcajadas de los clientes arremovieron.

Y las de los músicos.

Tampoco el presentador pudo contener la risa.

La mujer se volvió hacia la orquesta, furiosa, y los amenazó con su mocho.

—¿A que le hago tragar el instrumento a más de uno? —gritó.

Eddy Fletcher la sujetó con fuerza, para que no se fuera hacia los músicos y la emprendiera a mochasos con ellos.

—Thelma, se lo suplico —insistió—. Debe usted abandonar la pista.

—¡He dicho que no! ¡Tengo la oportunidad de demostrar que soy tan buena «striptease» como Sylvia Daniels, y no voy a desaprovecharla!

Los clientes, que se estaban divirtiendo mucho a costa de la fea mujer de la limpieza, se dijeron que aún se divertirían más si el presentador permitía que aquel esperpento con guardapolvo se desnudara en la pista, y empezaron a escucharse frases como éstas:

—¡Deje que haga el «strip-tease»!

—¡Queremos verla desnuda!

—¡Seguro que está imponente!

—¡Vamos, que se quite el guardapolvo!

Eddy Fletcher no hizo caso al público y trató de llevar a la mujer de la limpieza hacia la salida de la pista de atracciones, pero ella se resistió.

—¿Es que no oye a los clientes, señor Fletcher...? ¡Quieren que haga el «strip-tease»! —No puedo permitirlo, Thelma.

—¿Por qué?

—¡El señor Latham me despediría!

—¡Lo que el señor Latham hará, será contratarme enseguida, porque voy a maravillar al público! ¡Dejaré de ser una vulgar mujer de la limpieza y me convertiré en una estrella del «strip-tease»!

—¿A sus casi cincuenta años...?

—¡Sólo tengo treinta y cinco!

—Se ha quitado por lo menos diez.

La mujer se enfureció de nuevo.

—¿Sabe lo que le voy a quitar a usted, señor Fletcher?

—No.

—¡Los dientes a mochazos!

El presentador no tuvo más remedio que protegerse la cabeza, porque la mujer ya le estaba arreando con el mocho.

—¡Thelma, por favor!

—¡Ni Thelma ni narices! —respondió la mujer de la limpieza, y siguió obsequiándole con una generosa ración de mochazos.

El público se partía de risa.

Y lo mismo les pasaba a los músicos.

—¡Atízale duro, preciosa! —exclamó un cliente.

Lo de «preciosa» lo dijo en plan de cachondeo, claro, porque venía a ser como llamarle «guapo» al monstruo de Frankenstein.

—¡Oblígale a abandonar la pista, hermosa! —dijo otro cliente.

Más cachondeo.

—¡Estamos deseando presenciar tu número, reina del «strip-tease»! —dijo un tercero.

El cachondeo ya no tenía límites.

Thelma no paraba de atizarle al presentador con el mocho, por lo que Eddy Fletcher optó por abandonar la pista y dejar que la mujer de

la limpieza hiciera lo que quisiera.

Los espectadores rompieron a aplaudir cuando vieron que el presentador huía y Thelma quedaba sola en la pista de atracciones, porque ello significaba que la diversión iba a continuar.

La mujer, sin soltar el mocho, se acercó a los músicos y dijo:

—¡Tocad algo que sea bueno de verdad, majos, o sabréis lo que vale un peine!

La orquesta atacó una melodía de lo más apropiada para realizar un número de «striptease», como si fuera Sylvia Daniels la que se hallase en la pista.

Y Thelma, su «sustituta», inició su actuación.

CAPITULO II

TOM Burnett se encontraba en su despacho.

Tenía treinta años de edad, se aproximaba al metro noventa de estatura, y era muy ancho de hombros. Iba en mangas de camisa, porque su chaqueta colgaba del perchero. Se había doblado los puños y se había aflojado el nudo de la corbata, para trabajar más cómodo.

Y es que no era poca la tarea que tenía por delante, debido a que en los últimos días no había aparecido por su oficina. Su último caso le había tenido muy ocupado. Afortunadamente, ya estaba resuelto.

Aquella misma tarde lo había concluido y cobrado sus honorarios.

Unos honorarios elevados, porque Tom Burnett era un buen detective privado y se cotizaba caro.

Bueno, la verdad es que no siempre aplicaba una tarifa alta.

Dependía, en gran manera, de que el cliente fuera rico, menos rico, o que tuviera dificultades económicas. En cada caso, Tom Burnett aplicaba una tarifa distinta, porque lo que no hacía nunca, era rechazar un trabajo porque el cliente no pudiera pagarle una suma importante.

Tom Burnett era un profesional íntegro.

Le gustaba ayudar a la gente que tenía problemas, sin pensar en sus billeteras o en sus talonarios de cheques.

Por fortuna, Claudia Holbrook, su última cliente, era una mujer rica y había podido aplicarle la tarifa más alta. Y ella le había pagado sin rechistar, porque había quedado muy satisfecha de sus servicios.

Claudia Holbrook sospechaba que su marido la engañaba, que tenía una amante, a la que veía secretamente, y contrató a Tom Burnett para que lo averiguara y consiguiera las pruebas necesarias.

Y el detective las había conseguido.

La amante de Stuart Holbrook se llamaba Jennifer Addison, tenía veinticuatro años, y era una pelirroja sensacional, capaz de volver loco al marido de Claudia y a cualquier otro hombre.

Y no es que Claudia Holbrook fuera fea o estuviese mal de formas.

En realidad, se trataba de una mujer atractiva y todavía deseable, sólo que... había cumplido ya los cuarenta. No los aparentaba, desde luego; pero los tenía.

Y su marido lo sabía.

Seguramente por eso se había liado con una veinteañera.

Y había sabido elegir, el muy zorro.

En fin, era un caso ya para archivar, así que Tom Burnett procuró olvidarse de él y prestar atención al montón de papeles que tenía sobre su mesa.

Cartas, facturas, avisos...

De todo tenía.

De todo... menos secretaria.

Si la tuviera, la correspondencia no se le habría amontonado.

Y su oficina ofrecería otro aspecto.

Tom Burnett se mesó el oscuro cabello y lanzó un suspiro.

Tendría que decidirse a tomar una secretaria, porque cada vez la necesitaba más.

Estaba pensando en ello, cuando oyó un ruido en la antesala de su despacho. Parecía que había entrado alguien en su oficina, sin molestarse en llamar.

Y, si eso no era normal, aún lo era menos que fuera alguien a verle a aquellas horas, en plena noche ya.

Tom Burnett se levantó del sillón, rodeó la mesa, y fue hacia la puerta, pero ésta se abrió de golpe antes de que él la alcanzara.

El detective se quedó parado.

Tres hombres entraron en el despacho.

Eran tres matones.

Tres gorilas.

Tres emisarios de alguien que quería ver a Tom Burnett en el hospital.

Y por una larga temporada.

Por eso, sin pronunciar palabra, los tipos atacaron al detective privado.

* * *

Uno de los individuos, el primero en penetrar en el despacho de Tom Burnett, llevaba bigote. El que entró tras él, tenía una fea cicatriz en la mejilla derecha. Y, el tercero, no tenía un pelo de tonto.

Ni de listo tampoco, porque llevaba el cráneo afeitado.

El primero en atacar al detective privado, fue el de la cicatriz en la mejilla. Soltó el puño derecho, con rapidez y potencia, buscando la cara de Tom Burnett, pero éste, que ya lo esperaba, ladeó la cabeza muy oportunamente y la maza del matón sólo le hizo aire en la oreja.

La respuesta del detective no se hizo esperar, porque tenía que vérselas con tres hombres a la vez, y no era cuestión de perder tiempo.

Fue un zurdazo al hígado, y cuando el tipo se encogió, dando un

rugido, Tom le atizó con el otro puño, en un pómulo, y lo mandó al suelo sin remisión.

El individuo del bigote consiguió conectar un derechazo al mentón del detective, enviándolo hacia atrás, aunque no logró hacerle perder el equilibrio.

El sujeto del cráneo rapado fue hacia Tom Burnett, para golpearle también, pero el detective se le anticipó y le estrelló el puño en la mandíbula, tirándolo de espaldas.

El fulano del bigote dejó ir de nuevo el puño.

Esta vez, sin embargo, Tom tuvo tiempo de esquivar el golpe y respondió con un trallazo a la ceja del tipo.

El bigotudo se derrumbó también y empezó a sangrar por la ceja que había recibido el castañazo, lo cual, además de enfurecerle, le resultó muy molesto, porque la sangre le caía sobre el ojo y no le dejaba ver bien.

El tipo de la cicatriz en la mejilla se estaba incorporando ya, con el pómulo izquierdo enrojecido y agrandándose por momentos. Se agarra, además, la zona del hígado, porque le dolía lo suyo.

—Bastardo... —masculló, y atacó de nuevo al detective.

Tom supo burlar el puñetazo y después le incrustó los nudillos en el maxilar inferior, enviándolo nuevamente al suelo.

El fulano de la testa rapada, que se había levantado con rapidez, saltó sobre la espalda del detective y le sujetó los brazos.

—¡Ya es nuestro, muchachos!

El bigotudo se puso en pie, restañándose la sangre que brotaba de su ceja partida con el dorso de la mano, y dijo con vengativa sonrisa:

—Ahora sabrás lo que es bueno, hijo de perra.

Tom lo vio venir hacia él, con muy malas intenciones, y no dudó en disparar la pierna, consiguiendo colocar la punta de su zapato entre los muslos del matón.

El bigotudo lanzó un tremendo alarido, se llevó las manos al bajo vientre, y se desplomó hecho una bola.

—¡Maldita sea! —rugió el sujeto del cráneo afeitado, sin soltar al detective—. ¡Atízale tú! —le dijo al individuo de la cicatriz en la mejilla.

El tipo se irguió, sangrando por la boca, porque el último golpe de Tom Burnett le había hecho escupir una pieza dental.

El detective no esperó a que el matón le atacara, pues podía fallarle la proyección de pierna y entonces se vería en serios apuros, así que prefirió empujar hacia atrás.

Con todas sus fuerzas.

La pared no estaba lejos.

Y contra ella estrelló al que no tenía un pelo de tonto ni de listo.

El impacto, tremendo, hizo gritar al gorila.

Creyó que se había partido la espalda, porque el dolor era terrible.

Naturalmente, soltó al detective.

Era lo que Tom quería, para poder hacer frente al fulano de la cicatriz, que ya caía sobre él.

El detective recibió un puñetazo en el rostro, pero se lo cobró con creces, puesto que golpeó tres veces al matón. La primera, en la cara, la segunda en el estómago, y la tercera en la nuca, con ambas manos, entrelazadas.

Fue un mazazo realmente terrorífico, y el tipo de la cicatriz se desplomó como un toro de lidia al recibir la puntilla, para no levantarse ya.

El individuo del bigote, aunque el dolor que sentía en los genitales era espantoso, intentó ponerse en pie.

Tom no le dejó.

Disparó de nuevo la pierna, esta vez dirigida a la mandíbula del gorila, y lo durmió de un patadón.

El detective se volvió hacia el fulano del melón afeitado.

Era el único que quedaba despierto.

Y como a Tom no le interesaba dormirlo, porque quería interrogarlo, fue hacia él con intención de atraparlo y hacerlo cantar mejor que Plácido Domingo, el famoso tenor español.

El pelado, pese a su terrible dolor de espalda, atacó al detective.

Tom le cazó el brazo y se lo puso en la espalda con un brusco movimiento.

El matón aulló, creyendo que el detective le había dislocado el hombro.

—¿Quién os ha enviado? —interrogó Tom.

El tipo no respondió.

Tom le subió un poco más el brazo y le arrancó otro largo aullido de dolor.

—¡Contesta o te pongo el brazo por bufanda! —amenazó.

—¡No, por favor! —suplicó el pelado, lloriqueando casi.

—¡Dime quién os mandó, vamos!

El matón, que ya no podía resistir el terrible dolor que sentía en el hombro, confesó:

—¡Stuart Holbrook!

CAPITULO III

NO había sido una broma.

Thelma, la mujer de la limpieza, estaba dispuesta a realizar un número de «strip-tease» en la pista de atracciones de La Estrella Polar, el magnífico club nocturno propiedad de Frank Latham.

A pesar de sus cuarenta y tantos años.

Y de su fea cara.

Y de su desgarrada figura.

Los clientes pensaban que estaba loca, pues no cabía otra explicación. No obstante, como se lo estaban pasando bomba con ella, se alegraban de que siguiese adelante con su idea de desnudarse en la pista y exhibir su ridículo cuerpo.

De momento, Thelma no había enseñado nada, ya que se había limitado a moverse por la pista, como si estuviera bailando con su mocho. Y lo hacía tan mal, que daba risa.

—¡Vamos, quítate ya el guardapolvo, muñeca! —pidió un espectador, impaciente.

—¡Sí, muéstranos tu cuerpo de diosa del Olimpo! —dijo otro, con mucha guasa.

—¡A Bo Derek le dieron un «10», pero a ti te vamos a dar un «11»! —dijo otro guasón.

—¡O un «12»! —añadió un cuarto cliente, riendo.

La mujer de la limpieza, qué captaba perfectamente el pitorreo, se deshizo del mocho y empezó a abrirse el guardapolvo, comenzando por abajo, porque lo primero que quería enseñar, eran sus piernas.

El público pensaba que las tendría velludas, arrugadas, y puede que salpicadas de verrugas, como las que tenía en la cara.

Thelma enseñó primero su pierna derecha, levantándola de pronto.

Y la levantó mucho, para mostrar todo el muslo.

¡Y qué muslo, madre!

Esbelto, terso, torneado...

¡Una maravilla!

Los espectadores se quedaron con la boca abierta.

No podían creer lo que veían.

¿Cómo era posible que una mujer que parecía ir camino de los cincuenta, fea como una bruja y de andares tan desgarrados, tuviera

unas piernas tan sensacionales...?

Thelma había bajado su pierna derecha, pero ahora tenía levantada la izquierda, que era tan prodigiosa como su hermana gemela.

Naturalmente, se habían acabado las frases burlonas.

Las risas irónicas.

El pitorreo.

Los clientes no podían reírse ni burlarse de una mujer que, aunque mayor y de rostro poco agraciado, por no decir desgraciado, tenía unas piernas tan fabulosas.

Thelma, tras su exhibición de remos, se acabó de abrir el guardapolvo. Antes de quitárselo, se dio la vuelta. Y así, de espaldas al público, hizo resbalar el guardapolvo, muy lenta y sensualmente, descubriendo poco a poco su espalda.

Y qué espalda...

Larga, suave, armoniosa...

Era increíble.

Con el guardapolvo puesto, la mujer de la limpieza parecía que tenía hasta un poco de joroba.

¡Y de joroba, nada!

¡Tenía una espalda perfecta!

¡Maravillosa!

El guardapolvo siguió bajando, llegó hasta donde la espalda pierde su honesto nombre, y como no se detuvo, el trasero de la mujer de la limpieza empezó a quedar al descubierto.

¡Y qué trasero!

Redondo, erguido, fresco como una lechuga...

Era demasiado ya.

Los espectadores creían estar soñando, porque era imposible admitir que lo que sus dilatados ojos estaban contemplando fuese real.

¡La mujer de la limpieza tenía una grupa que era la locura!

Thelma llevaba unas braguitas negras que no cubrían nada, pues, además de pequeñas, eran transparentes, así que podía decirse que exhibía su trasero desnudo. El sujetador también era negro, breve, y transparente.

Los atónitos espectadores pudieron comprobarlo cuando la mujer de la limpieza se volvió hacia ellos. Había dejado caer el guardapolvo al suelo y tenía las manos en las caderas.

Y qué caderas...

Amplias, curvadas, rotundas...

El cuerpo de Thelma era realmente prodigioso desde el cuello a los pies. Lástima que de cuello para arriba no se la pudiese mirar,

porque daba pena.

La mujer de la limpieza se llevó las manos a la espalda, se desabrochó el sujetador, y se despojó de él con lentitud, hasta quedar con los pechos al aire.

¡Y qué pechos!

Altos, redondos, macizos...

No era posible que una cuarentona que iba camino de cincuenta tuviese un busto tan pletórico, tan firme, tan terso, y tan todo.

¡Aquél era un busto de chica de veintidós o veintitrés años!

Antes de despojarse de las braguitas, Thelma se quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza y descubrió su pelo, una maravillosa y frondosa cabellera rubia que cayó sobre sus preciosos hombros como una cascada.

El asombro del público ya no tenía límites.

Thelma empezó a quitarse cosas de la cara.

Las cejas postizas, la mancha del pómulos, las verrugas, la nariz, tan postiza como todo lo demás...

En menos de un minuto, el rostro de la mujer de la limpieza cambió por completo. Ya no era una cuarentona con cara de bruja, sino una veinteañera de rostro bellísimo, sensual, maravilloso, como el resto de su persona.

Y fue entonces cuando los clientes descubrieron la verdad.

¡La falsa mujer de la limpieza era Sylvia Daniels! ¡La «strip-tease» profesional!

¡La atracción número uno de La Estrella Polar!

* * *

Sylvia Daniels les había tomado el pelo a todos, en colaboración con Eddy Fletcher, el presentador, que también había representado magníficamente su papel, haciendo creer al público que la mujer fea y desgarbada que había salido a la pista, con un cubo y un mocho, era Thelma, una de las mujeres de la limpieza del club.

También los músicos habían colaborado en la farsa que se había inventado Sylvia Daniels, pues ellos sabían de antemano que se trataba de la «strip-teaser» profesional, no de una de las mujeres de la limpieza.

Los espectadores, repuestos de la sorpresa, empezaron a aplaudir con ganas. Y es que no podían tomarse a mal la farsa representada por la exuberante Sylvia Daniels, puesto que con su original y divertido número se lo habían pasado mejor que nunca.

Sylvia Daniels había demostrado ser una artista completa.

Desnudarse en una pista de atracciones o en un escenario, más o menos bien, sabían hacerlo todas las «strip-teasers» profesionales, pero representar una comedia tan divertida como la que había representado Sylvia Daniels, estaba al alcance de muy pocas artistas.

De ahí la ovación del público, premiando la originalidad y el gran trabajo cómico de la artista.

—¡Bravo!

—¡Sensacional!

—¡Extraordinario!

—¡Fantástico!

Sylvia Daniels sonrió con amplitud, mostrando su ahora blanca y sana dentadura, porque también se había quitado lo que hiciera parecer que tenía los dientes muy estropeados. Le satisfacía enormemente que su número hubiera gustado tanto a los espectadores. Pero, como el número no había terminado, la artista retiró las manos de sus formidables caderas y empezó a bajarse las descaradas braguitas, moviéndose sensualmente al compás de la música, que no había dejado de sonar en ningún momento.

Completamente desnuda ya, Sylvia Daniels giró un par de veces sobre sí misma, para deleite del público, y luego se retiró de la pista de atracciones pegándose una graciosa carrerita.

La ovación fue tremenda.

Larga.

Ensordecedora.

Frank Latham estaba que no cabía en sí de gozo.

Había presenciado la actuación de Sylvia Daniels desde la salida de la pista, junto a Eddy Fletcher.

El presentador tenía la bata de la artista en sus manos, y le ayudó a ponérsela, diciendo:

—Has estado fabulosa, Sylvia.

—Gracias, Eddy —sonrió la «strip-teaser». Tú también estuviste muy bien —añadió, mientras se ataba el cinturón de la bata.

—Me divertí mucho —confesó Fletcher, riendo.

—¿Incluso cuando te aticé con el mocho...?

—¡Claro!

Rieron los dos.

Bueno, los tres, porque Frank Latham también reía.

—A la pista, Eddy —indicó el propietario del club.

—Sí, señor Latham —respondió el presentador, y salió a hablar con el público, que seguía aplaudiendo la actuación y genial Sylvia Daniels.

Frank Latham cogió por los hombros a la artista, suavemente.

—Te felicito, Sylvia.

—Gracias, señor Latham.

El dueño del club intentó besarla en los labios, pero la «strip-teaser» ladeó la cabeza y recibió el beso en la mejilla.

La acción de la artista contrarió a Frank Latham, a pesar de que no era la primera vez que Sylvia Daniels le esquivaba. Por su gusto, se hubiera acostado ya con ella, pero la artista no le daba ninguna facilidad.

Frank Latham no lo comprendía, pues, si bien él había cumplido ya los cuarenta y dos años, se consideraba un hombre apuesto y elegante, que siempre había tenido éxito con las mujeres.

Era, además, un hombre rico, porque su club le proporcionaba cada día unos ingresos considerables. Y, por ser el propietario de La Estrella Polar, Frank Latham estaba acostumbrado a encontrar toda clase de facilidades en las artistas y camareras que trabajaban en su local, por lo que había hecho el amor con casi todas.

Con Sylvia Daniels, sin embargo, estaba encontrando más dificultades de las previstas.

—¿Es que no te gusto, Sylvia? —preguntó, mirándola a los ojos, grandes, expresivos, de pupilas muy azules.

—¿Por qué dice eso, señor Latham?

—No has dejado que te besara.

—¿Cómo que no?

—En la mejilla, pero yo quería besarte en los labios.

—¿Y qué más da?

—Hay una gran diferencia, Sylvia.

—Cuando me enamore de usted, si es que me enamoro, dejaré que me bese en los labios. ¿De acuerdo...?

Frank fue a decir algo, pero la artista se le adelantó:

—Voy a vestirme, señor Latham.

Se separó de él y corrió hacia su camerino, dejándolo con la palabra en los labios.

Frank Latham la siguió con la mirada.

—Se me escurre como una anguila —rezongó, contrariado.

Sylvia Daniels alcanzó su camerino, se introdujo en él, y cerró la puerta por dentro, para que no se le colara nadie mientras se vestía.

Se despojó de la bata, muy delgada, y empezó a vestirse.

Sólo se había puesto los pantaloncitos y el sujetador, cuando sonó el teléfono.

El aparato estaba sobre el tocador.

La artista tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga...?

—¿Sylvia Daniels...? —preguntó una voz masculina, que sonaba muy extraña, como disimulada con un pañuelo colocado sobre el micro.

—¿Quién es...? ¿Con quién hablo?

—Con el hombre que va a desfigurarte la cara y el cuerpo con una navaja muy pronto — respondió el tipo.

CAPITULO IV

SYLVIA Daniels se quedó helada.

Como si, en vez de hallarse en braguitas y sostén en un camerino, se hallara así en plena Antártida, a muchos grados bajo cero.

Era a causa del terror que sentía.

¡Desfigurarle la cara y el cuerpo con una navaja!

¡La estaban amenazando nada más y nada menos que con eso!

¡Con desgraciarla para toda la vida!

Pero ¿por qué?

¿Quién era el hombre que quería cometer esa monstruosidad con ella?

¿Qué motivos tenía?

La única manera de saberlo, era preguntádoselo al tipo.

Y eso hizo la artista, con temblorosa voz:

—¿Por qué..., por qué quiere usted marcarme el rostro y el cuerpo con una navaja...?

—Para que no vuelvas a exhibirte en una pista de atracciones o en un escenario —respondió el misterioso individuo.

—¿Le molesta que haga «strip-tease»...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es una desvergüenza quedarse desnuda en público.

—Oiga, que yo no he inventado el «strip-tease». Hace muchos años que...

—Lo sé.

—¿Y piensa marcar con su navaja a todas las mujeres que nos desnudamos en público...? —preguntó Sylvia.

—No, sólo a ti —respondió el tipo—. Servirá de escarmiento para las otras y ya no se atreverán a quedarse en cueros delante de la gente.

—¿Y por qué me ha elegido precisamente a mí...?

—Porque eres una de las más hermosas y que mejor cuerpo tienen.

—Las hay más hermosas que yo. Y mejor formadas, también.

—No, es muy difícil que alguien supere la belleza de tu rostro y de tu físico. He presenciado las actuaciones de numerosas artistas de

«strip-tease», y ninguna te gana en hermosura ni en perfección de formas, Sylvia.

—Oiga, ¿y qué puedo hacer para que usted no me desfigure con su navaja...?

—Nada.

—¿Me atacaría igual si dejo de hacer «strip-tease»?

El tipo tardó unos segundos en responder.

Como si estuviera reflexionando.

—¿Estás dispuesta a retirarte, Sylvia? —preguntó.

—Hombre, si no hay más remedio...

—¿Y a qué te dedicarás?

—No sé, ya veré.

—Está bien, te daré la oportunidad de cambiar de vida. Si no vuelves a desnudarte en público, no te haré nada.

—Gracias.

—Anda, ve y dile a Frank Latham que no volverás a actuar en su club.

—Sí, ahora mismo.

—Ni en el suyo, ni en ningún otro.

—Descuide.

—Adiós, Sylvia —se despidió el misterioso sujeto, y cortó la comunicación.

* * *

Tom Burnett había bajado ligeramente el brazo del tipo del cráneo afeitado, para que el dolor no fuera tan intenso, aunque siguió sujetando al matón con fuerza.

—Conque Stuart Holbrook, ¿eh? —rezongó.

—Sí.

—¿Qué fue lo que os ordenó, concretamente?

—Que te diéramos una buena paliza y te rompiéramos algunos huesos, para que no pudieras ejercer tu profesión en varios meses.

—¿Os dijo por qué me quiere tan mal?

—No.

—Bueno, no importa. Yo sé por qué os envió.

—¿De veras?

—Su mujer me contrató para que le demostrara que tiene una amante. Y lo hice. —Entiendo.

—Lo que no sé, es por qué ella tuvo que decirle el nombre del detective que había hecho el trabajo.

—No debió hacerlo, es verdad —opinó el matón.

Tom Burnett preguntó:

—¿Lleváis armas?

—No.

—¿Seguro?

—Nosotros pegamos puñetazos, no tiros ni navajazos. No somos asesinos.

El detective se dijo que debía ser verdad, pues, con lo mal que les habían ido las cosas a los tipos, hubieran echado mano de sus armas, de haberlas llevado.

Tom soltó al pelado, al tiempo que lo empujaba hacia delante.

El tipo se agarró el hombro derecho, con claro gesto de dolor.

—Casi me lo has dislocado, ¿sabes? —masculló.

—¿Y qué esperabais, que me dejara golpear como un estúpido? —replicó Tom.

—Te defiendes muy bien, Burnett. Demasiado bien.

—Venga, reanima a tus amigos —apremió el detective, con una leve sonrisa.

Mientras el pelado despertaba al del bigote y al de la cicatriz en la mejilla, Tom Burnett fue hacia el perchero, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, y extrajo un revólver, por si acaso los matones intentaban tomarse la revancha.

Cuando los tres estuvieron conscientes, el detective ordenó:

—Largaos de aquí. Y no se os ocurra volver ni intentar nada contra mí por ahí, porque lo lamentaríais. En cuanto a Stuart Holbrook... No quiero que le digáis que habéis fracasado. Me conviene que crea que estoy en el hospital. Y a vosotros también os conviene que lo crea, porque, de lo contrario, no os pagaría la suma concertada. No habéis hecho el «trabajo» y no tenéis derecho a cobrar.

Los matones no dijeron ni intentaron nada, porque Tom les apuntaba con su revólver. Dieron la vuelta y salieron del despacho, doloridos y maltrechos.

El que más sufría era el del bigote, a causa del punterazo que recibiera en sus órganos masculinos, que le obligaba a caminar encogido y con las piernas encorvadas.

Tom los siguió y, cuando los tipos abandonaron su oficina, cerró la puerta y echó el cerrojo. No esperaba que volvieran, dado su estado, pero trabajaría más tranquilo así.

El detective regresó a su despacho, se sentó en su sillón, dejó el revólver sobre la mesa, y volvió a ocuparse del montón de papeles que tenía en ella.

Sylvia Daniels no acabó de vestirse.

Se enfundó la bata con rapidez y corrió en busca de Frank Latham.

Suponía que lo hallaría en su despacho, así que fue directamente allí. Dio unos golpes en la puerta, con los nudillos.

—¡Señor Latham!

El dueño del club tardó sólo unos segundos en abrir la puerta.

—¿Qué sucede, Sylvia? —preguntó, al ver la cara de susto que tenía la artista.

—¡Algo terrible! —respondió ella, colándose en el despacho.

Frank Latham cerró la puerta, alarmado.

—¿Qué ha pasado, Sylvia...?

—¡Me han amenazado!

—¿Amenazado...?

—¡Sí, con desfigurarme la cara y el cuerpo con una navaja!

El propietario de La Estrella Polar se estremeció perceptiblemente.

—Dios mío... —musitó.

—¡Estoy aterrorizada, señor Latham! —confesó la «strip-teaser».

Frank la cogió del brazo y la llevó hacia el sofá.

—Siéntate y Cuéntamelo todo, Sylvia.

La artista le refirió su conversación telefónica con el tipo, sin omitir nada.

—Debe tratarse de un loco —rezongó Frank.

—¡De un loco muy peligroso, señor Latham! —añadió la artista.

Frank la tomó por los hombros, con suavidad.

—No debes temer nada, Sylvia.

—¿Que no...?

—Ese chiflado no podrá llegar hasta ti.

—¿Cómo lo sabe?

—Estarás protegida.

—¿Por quién?

—Por el hombre más experto y eficaz que conozco.

—¿A quién se refiere?

—Se llama Tom Burnett. Es un detective privado.

—¿Un detective?

—Sí, el mejor que tenemos en Chicago. Es caro, pero le pagaré lo que me pida por protegerte. Voy a llamarle ahora mismo —dijo Frank Latham, levantándose del sofá. Segundos después, utilizaba el teléfono que tenía sobre su mesa.

Y tuvo la suerte de pillar a Tom Burnett en su oficina.

CAPITULO V

FRANK Latham se alegró al oír la voz del detective privado.

—¿Diga...?

—¿Burnett...?

—Sí.

—Soy Frank Latham.

—Hola, señor Latham. ¿Qué tal está?

—Bien, gracias. ¿Y usted, Burnett...?

—Perfectamente.

—Me alegro.

—¿Tiene algún problema, señor Latham?

—¿Cómo lo ha adivinado, Burnett?

El dueño de La Estrella Polar escuchó la risita que emitió el detective, antes de responder:

—Usted sólo me llama cuando tiene problemas, señor Latham.

—Sí, es verdad —rió Frank.

—¿De qué se trata esta vez?

—Se lo explicaré cuando venga, Burnett.

—¿Cuándo quiere que vaya?

—Ahora mismo.

—¿Tan urgente es...?

—Sí, el asunto no admite demora.

—Señor Latham, si supiera cómo tengo la mesa de papeles...

—¿Es que no tiene papelera?

—Claro que tengo papelera.

—Entonces, arrójelos todos a ella y véngase enseguida. Le necesito más que nunca, Burnett.

Frank oyó el suspiro que lanzó el detective.

—Está bien, salgo inmediatamente hacia ahí.

—Gracias, Burnett —sonrió Frank, y colgó el auricular.

Regresó al sofá y se sentó junto a Sylvia Daniels.

—Estará aquí en unos minutos.

—¿De verdad es tan bueno como dice, señor Latham...?

—¿Tom Burnett?

—Sí.

—El mejor, ya te lo he dicho.

La artista se mordió los labios.

—Creo que lo mejor sería hacer caso al tipo que me amenazó.

—¿Qué...?

—Dejar de ser una «strip-teaser».

—¿Cómo puedes decir eso, Sylvia?

—Estoy asustada, señor Latham. Y ese detective no podrá protegerme toda la vida.

Frank le cogió las manos y se las oprimió cálidamente.

—Voy a confesarte una cosa, Sylvia. El mejor negocio que he hecho en mi vida, ha sido contratarte a ti. Y eso que no eres una «strip-teaser» barata. Pero gano dinero contigo, porque has sabido entusiasmar a los clientes con tu belleza y con tu estilo. Si dejaras de actuar, no me lo perdonarían. Especialmente, después del original número de esta noche. Jamás había escuchado una ovación como la que te dedicaron a ti. Si mañana no salieras a la pista, serían capaces de prender fuego al local.

La artista no pudo reprimir una risita.

—Exagerado.

—Es la verdad, te lo aseguro. Por eso te suplico que olvides lo de retirarte del mundo del «strip-tease». Y podría exigírtelo, en vez de suplicártelo, porque tienes firmado un contrato y estás obligada a cumplirlo.

Sylvia lo miró.

—¿Me obligaría usted, señor Latham?

—No, de ninguna manera —sonrió Frank—, Lo he mencionado sólo para recordarte que podría obligarte a actuar. Pero no será necesario, estoy seguro.

La artista guardó silencio.

Frank añadió:

—Tom Burnett es un tipo joven, fuerte, grandote. Inspira confianza. Tiene cara de boxeador, pero te gustará. Los tipos rudos y viriles suelen agradar a las mujeres.

—Estaría bueno que me enamorara de él —sonrió ligeramente Sylvia.

—No te lo perdonaría.

—¿Por qué?

—Prefiero que te enamores de mí —respondió Frank, e intentó besarla.

La artista se hizo atrás.

—¿Ha olvidado lo que le dije, señor Latham...?

—¿No merezco ni siquiera un beso, después de lo que voy a hacer para impedir que ese loco que te llamó te desfigure la cara y el cuerpo

con su navaja?

Sylvia vaciló.

—Está bien, se lo daré. Pero sólo uno, ¿eh, señor Latham?

—De acuerdo —sonrió Frank, y la besó en los labios.

Si se hubiera conformado con eso, no habría pasado nada, pero como empezó a acariciarle los muslos, deslizando su mano por la abertura de la bata, la artista lo empujó y le obligó a interrumpir el beso.

—No le autorizé a que me tocara las piernas, señor Latham.

Frank carraspeó.

—Disculpa, no he podido evitarlo. Las tienes tan maravillosas...

Sylvia se cerró la bata.

—Todos los hombres son iguales —rezongó—. No se conforman con un dátil, quieren la palmera entera.

Frank iba a contestar, cuando llamaron a la puerta.

—Debe ser Tom Burnett —dijo, levantándose del sofá.

Fue hacia la puerta y abrió.

Efectivamente, era el detective privado.

—Aquí me tiene, señor Latham.

Frank le tendió la mano.

—Gracias por venir, Burnett.

—Me dio usted tantas prisas, que... —sonrió el detective, estrechándole la diestra. —Pase, se lo ruego.

Tom penetró en el despacho y descubrió a Sylvia Daniels.

Se quedó mirándola, claro.

No era para menos.

La artista lo miró a su vez, comprobando que Frank Latham le había descrito perfectamente a Tom Burnett.

Y también había acertado al decir que a ella le gustaría, a pesar de su cara de boxeador en activo.

El dueño del club cogió al detective del brazo y lo llevó hacia el sofá, diciendo:

—Ella es mi problema, Burnett.

—No me extraña, señor Latham.

—¿Por qué dice eso?

—Una mujer así, sería un problema para muchos hombres.

Frank se echó a reír.

—Se llama Sylvia Daniels.

—Aunque se llamara Timotea Matagorda, seguiría siendo un problema.

Frank volvió a reír.

—Ha venido muy ingenioso, Burnett.

—Es que me han dado un par de puñetazos esta noche, y eso siempre despierta el ingenio.

Frank descubrió un par de señales en el rostro del detective y dejó de reír.

—¿Con quién se peleó, Burnett?

—Alguien que no me quiere bien contrató a tres matones y los envié a mi oficina, para que me propinaran una paliza. Pero se la di yo a ellos.

Frank le palmeó la espalda, nuevamente risueño.

—¡Bravo, Burnett! ¿No te dije que era un tipo muy experto y eficaz, Sylvia...?

—Sí, me lo dijo —respondió la artista, sonriente, pues se sentía halagada por las primeras palabras del detective, cuando aseguró que una mujer como ella sería un problema para muchos hombres.

—Siéntese, Burnett —rogó Frank.

Tom ocupó un sillón.

El dueño del club se sentó al lado de la «strip-teaser» y preguntó:

—¿Lleva algún caso entre manos, Burnett?

—No, esta tarde concluí con el último.

—Magnífico. Así podrá ocuparse de Sylvia.

—¿Ocuparme...?

—Quiero que la proteja día y noche.

—¿De quién?

Frank Latham se lo explicó.

A Tom Burnett no le sorprendió demasiado que Sylvia Daniels fuera una «strip-teaser», porque sabía que en La Estrella Polar se daba esa clase de espectáculo.

—Así que un maniaco la quiere desfigurar con su navaja, ¿eh, Sylvia?

—Sí —asintió la artista, que ya no sonreía.

—Lo más probable es que se trate sólo de una amenaza, de una broma pesada. Quizá el tipo sólo desee asustarla. De todos modos, estoy de acuerdo con el señor Latham en que necesita usted protección. Pero no soy yo el más indicado para dársela.

—¿Por qué?

—Soy detective privado, no guardaespaldas. Y eso es lo que usted necesita, Sylvia. Un guardaespaldas. O mejor dos. Así se sentirá más segura.

La artista miró a Frank Latham, como suplicándole que convenciera a Tom Burnett, porque quería ser protegida por él.

—Señor Latham... —murmuró.

Frank dijo:

—Tiene que protegerla usted, Burnett. Sólo así estará segura de verdad.

—Pero...

—Le pagaré lo que me pida, Burnett.

—No es cuestión de dinero, señor Latham. Si me hago cargo de Sylvia, no podré aceptar ningún caso en cualquiera sabe cuántos días, porque no podré separarme de ella ni un solo instante. Y eso...

—Por favor, señor Burnett —suplicó la artista, interrumpiéndole.

Tom la miró a los ojos.

Largamente.

Después, suspiró y dijo:

—Está bien, me haré cargo de usted.

CAPITULO VI

EL coche de Tom Burnett, un Chrysler marrón, se puso en movimiento y comenzó a alejarse de La Estrella Polar, en dirección al apartamento de Sylvia Daniels.

La artista vestía un ceñido pantalón azul brillante y una ligera blusa color crema, que permitía vislumbrar el breve sujetador. Calzaba zapatos descubiertos, blancos, de alto y fino tacón.

—Le estoy muy agradecida, señor Burnett.

—Puedes llamarme Tom.

—Si usted no hubiera accedido a protegerme, habría hecho caso al tipo que me amenazó.

—¿Quieres decir que te hubieras retirado...?

—Sí, estaba decidida a ello. En realidad, fue Frank Latham quien me convenció de que debía seguir actuando. Tengo un contrato firmado con él y...

—Te obligó a cumplirlo, ¿eh?

—No, pero me recordó que podía hacerlo.

—Debes de tener mucho éxito en su club, porque tu protección le va a costar muy cara.

—No quisiera parecer inmodesta, pero la verdad es que estoy triunfando en La Estrella Polar. Y también tuve éxito en los otros locales donde actué anteriormente.

—Estoy seguro.

—¿Usted no me ha visto actuar nunca, Tom?

—No, no he tenido esa suerte.

—Bueno, mañana me verá, puesto que tengo que seguir actuando en La Estrella Polar.

—¿Cuánto hace que te desnudas en público, Sylvia?

—No mucho. Sólo unos meses.

—¿Y te gusta...?

—No, pero como me pagan muy bien... Me hice «strip-teaser» por dinero. Estaba sin blanca, como vulgarmente suele decirse, y no encontraba ningún trabajo decente, así que me decidí a desvestirme en público. Al principio, lo pasé francamente mal, porque me daba mucha vergüenza quedarme en cueros vivos delante de la gente. Pero me acostumbré, como todas, y ya no le doy importancia. De todos modos, sigue sin gustarme y pienso retirarme en cuanto haya

ahorrado lo suficiente para poder vivir sin apuros.

—Espero que sea pronto.

—Tampoco a usted le gusta lo que hago, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensa.

—Bueno, sinceramente, no me agradaría que una hermana mía, mi novia, o una amiga a la que apreciara de verdad, se despelotase en un escenario o en una pista de atracciones. En cambio, no me molestaría ver— las desnudas en una playa, donde ya son muchas las mujeres que se bañan y toman el sol con los pechos al aire. O con todo, si se trata de una playa para nudistas. Es distinto, porque en un sitio así, los hombres no están pendientes de una sola mujer. Sin embargo, en un club nocturno...

—Tiene razón, Tom. A las mujeres que hacemos «strip-tease», los hombres nos miran con deseo. Y es que nosotras los excitamos, al desvestirnos lenta y sensualmente, con movimientos eróticos, voluptuosos. Si no lo hiciéramos así, no nos contrataría nadie. —Claro.

—De todos modos, yo procuro darle siempre a mi número un cierto aire cómico. Me siento mejor así, porque el público se ríe y ya no está sólo pendiente de mis formas de mujer.

—Eso está bien.

—¿Qué más quiere saber de mí, Tom?

—Los años que tienes.

—Veintitrés.

—¿Algún amigo íntimo?

—No.

—¿Ni siquiera Frank Latham?

—¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, conozco bien a Latham y sé que le gustan mucho las mujeres, hasta el punto de que suele llevarse a la cama a casi todas las artistas y camareras que trabajan en su club. Y con lo tremenda que estás tú, no dudo que lo habrá intentado. ¿Me equivoco...?

—De mí sólo ha conseguido un beso. Y se lo di esta noche, en agradecimiento por haberle llamado a usted para que me protegiera. Nada más.

El detective sonrió.

—Debes ser una de las pocas mujeres que se le han resistido a Frank Latham, Sylvia.

—¿No me cree, Tom?

—¿Por qué no iba a creerte?

—Como sonrío...

Tom Burnett redujo la marcha, porque ya estaban llegando al

edificio de apartamentos en donde vivía Sylvia Daniels.

—Es ahí, ¿no?

—Sí —respondió la artista.

El detective estacionó su Chrysler y salieron del vehículo.

Poco después, entraban en el apartamento de la «strip-teaser».

Tom se encargó de cerrar la puerta y enganchar la cadena de seguridad. Después, dijo: —Echaré un vistazo al apartamento.

—Espero que le guste.

—Sólo quiero asegurarme de que no hay nadie oculto.

La artista se estremeció.

—No me asuste, Tom.

—No lo he dicho con esa intención —sonrió el detective, y se adentró en el apartamento. Sylvia fue tras él, porque no quería quedarse sola.

Tom lo registró todo, hasta el armario de la ropa.

—No hay nadie, Sylvia. Puedes acostarte tranquila.

—Siento no tener más que una cama, Tom.

—Yo, en cambio, me alegro.

—¿Por qué?

—Así tengo una excusa para acostarme contigo.

—No se haga ilusiones.

—No pretenderás que duerma en el sofá, ¿verdad?

—Si no quiere dormir usted en el living, dormiré yo. No me importa cederle mi cama.

—¿Qué pasa, no soy de tu agrado?

—No es eso.

—Ya sé que no soy Robert Redford, pero...

—Le repito que no es eso, Tom.

—Me fastidia dormir en un sofá, ¿sabes?

—Duerma en mi cama. Ya le he dicho que no me importa cedérsela.

—Gracias, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué?

—Lo que no me gusta a mí, no lo quiero para los demás.

—Insisto en dormir en el sofá.

—No, dormirás en tu cama. Pero ves pensando en compartirla conmigo, porque esto puede durar muchos días, y lo del sofá no es una solución, ni para mí ni para ti. Tu cama es amplia y podemos dormir los dos en ella sin rozarnos siquiera.

—¿Quieres decir que no intentarías...?

—¿Por quién me has tomado, por un violador? Si tú no quieres nada conmigo, porque tengo cara de púgil, yo tampoco querré nada

contigo, puedes estar tranquila. No tengo por costumbre forzar a las mujeres —gruñó Tom, y salió del dormitorio.

Sylvia estuvo a punto de ir tras él, pero se lo pensó mejor y se quedó en su habitación. Como el detective había cerrado la puerta al salir, se desvistió, se puso el camisón, corto y transparente, y se metió en la cama.

Tardó en dormirse.

Y es que pensó mucho en Tom Burnett.

CAPITULO VII

EL sol de la mañana se filtraba ya por la ventana, pero Sylvia Daniels no se había enterado, porque dormía plácidamente. Yacía sobre la cama boca abajo, con la pierna izquierda totalmente estirada y la derecha encogida.

La sábana se había ido muy para abajo.

El camisoncito, en cambio, se había ido para arriba.

A pesar de ello, la artista no dormía con el culo al aire, porque llevaba puesto el pantaloncito que hacía juego con el sugestivo camisón.

Claro que, como también era transparente, la exhibición no dejaba de ser altamente erótica.

Si entrase Tom Burnett...

Había entrado ya.

Y no había pasado nada.

Se limitó a echar una ojeada a las fenomenales piernas de la artista y a su formidable trasero. Después, se introdujo en el baño y se colocó debajo de la ducha.

El rumor del agua al caer no despertó a Sylvia.

Tom acabó de ducharse, se secó con la toalla de baño, y se vistió, saliendo del cuarto de aseo. Tras echar una nueva mirada al maravilloso cuerpo de la «strip-teaser», le puso la mano en el hombro y la zarandeó suavemente.

—Despierta, Sylvia.

La artista abrió los ojos, sobresaltada.

—¿Ocurre algo, Tom...?

—Nada, tranquilízate. Te he despertado porque tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—Debo hacer una visita. Te lo explicaré por el camino.

Sylvia descubrió que tenía el camisón subido y la sábana a los pies.

—¡Oh! —exclamó, respingando, y se apresuró a alcanzar la sábana y cubrirse con ella hasta el cuello.

Tom no pudo contener la risa.

—Tiene gracia, demonio —dijo.

—¿El qué?

—Que te pongas nerviosa porque te haya visto en camisón, cuando por las noches te ven desnuda docenas de hombres.

—No es lo mismo, Tom —rezongó la artista.

—Esta noche te veré yo también, ya lo sabes.

—En la pista de atracciones de La Estrella Polar, no en mi dormitorio.

—¿Dónde está la diferencia?

—En que allí no puede pasar nada y aquí puede pasar mucho.

—Aquí tampoco va a pasar nada, puedes estar tranquila —aseguró el detective, caminando hacia la puerta—, No te entretengas, Sylvia. Es tarde ya.

—Estaré lista en unos minutos —prometió la «strip-teaser».

* * *

El Chrysler de Tom Burnett se dirigía a la casa de los Holbrook.

El detective le habla explicado ya a Sylvia Daniels que había realizado un trabajo para Claudia Holbrook, que su marido se había enterado, y contrató a tres matones para que lo mandaran al hospital por una larga temporada.

—¿Y por qué quiere volver a la casa de los Holbrook, Tom? —preguntó la artista. —Quiero saber por qué le dijo Claudia a su marido que yo me había encargado del asunto. Debió limitarse a presentarle las pruebas que yo le entregué, sin mencionar mi nombre.

—La cosa ya no tiene remedio.

—Lo sé, pero deseo hablar con ella.

Minutos después, llegaban a la casa de los Holbrook.

Una casa magnífica, ubicada en las afueras de Chicago.

Tom detuvo su Chrysler y paró el motor.

—Tendré que quedarme en el coche, ¿verdad? —pensó Sylvia.

—No, vas a entrar conmigo.

—A Claudia Holbrook no le gustará.

—Le diré que eres mi secretaria.

—Caramba, creo que eso me gustaría —sonrió la artista.

—Ganarías mucho menos que siendo «strip-teaser».

—Pero no tendría que desnudarme cada noche en público.

—En todo caso, sólo para mí.

—Entonces, no me interesa el empleo.

—Ya lo suponía —sonrió Tom, y salió del coche.

Sylvia descendió también del vehículo.

Caminaron los dos hacia la puerta de la casa y el detective hizo

sonar el timbre.

Tom esperaba que abriese la doncella, pero fue la propia Claudia Holbrook quien abrió, aunque costaba un poco reconocerla, porque tenía el rostro bastante desfigurado.

Le habían dado una buena paliza.

Y era fácil adivinar quién se la había dado.

El salvaje de su marido.

* * *

Sylvia Daniels, terriblemente impresionada, agarró del brazo a Tom Burnett y se lo apretó con fuerza.

—Tom... —musitó.

El detective privado, tan impresionado como ella, murmuró:

—Señora Holbrook...

—Hola, señor Burnett.

—Fue su marido, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué la golpeó tan brutalmente?

—Quería que le dijese el nombre del— detective que me había demostrado que él mantenía relaciones íntimas con esa tal Jennifer Addison. Yo me negué y...

—Debió decírselo, señora Holbrook.

—Temí que quisiera vengarse. Por eso resistí los golpes, hasta que ya no pude más y se lo dije. Estaba tan furioso que me hubiera matado. Tengo señales por todo el cuerpo, créame.

Tom apretó los dientes.

—Su marido lamentará haberla golpeado de esa manera tan salvaje, se lo juro.

—No, por favor. Quiero que lo olvide usted, señor Burnett.

—No puedo, señora Holbrook.

—Se lo pido yo, señor Burnett.

—Aunque me lo pidiera el Papa.

—Pero...

—Tengo que ajustarle las cuentas a su marido, señora Holbrook. Por lo que le hizo a usted, y por lo que intentó hacerme a mí.

—¿A usted...?

Tom le contó lo sucedido en su oficina.

Claudia Holbrook bajó la cabeza.

—Lo siento, señor Burnett. No debí decirle su nombre a Stuart, a pesar de los golpes. Si no se hubiera defendido usted tan eficazmente, ahora estaría en el hospital, medio muerto, y yo tendría la culpa.

—Por favor, no diga eso. Lo único que lamento, es que no se lo dijera usted antes. Se habría ahorrado la paliza. El único culpable, es su marido. Y pagaré por ello.

—¿Qué piensa hacer, señor Burnett?

—Darle una buena lección a su marido.

—No lo matará, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Pero le garantizo que se le irán las ganas de pegarle a una mujer. Y también de contratar matones. Yo se las quitaré con mis puños.

Claudia Holbrook miró a Sylvia Daniels.

—¿Quién es su acompañante, señor Burnett?

—Mi secretaria. Se llama Sylvia.

—Creí que no tenía secretaria.

—Es cierto. Pero me hacía mucha falta y he tomado una.

—Si es tan eficiente como guapa, le hará un gran papel.

—Seguro que sí —sonrió Tom—. Sylvia es una chica muy inteligente.

—Ha sabido usted elegir, no hay duda.

La artista sonrió también y dijo:

—Es usted muy amable, señora Holbrook. Y créame que siento mucho lo que le ha pasado. No sé cómo su marido pudo golpearla de esa manera. Y tampoco entiendo que tenga relaciones con otra mujer. Tom me dijo que era usted muy atractiva, y es verdad.

No importa que ahora tenga el rostro desfigurado por los golpes. Se ve igual que es hermosa. Y que tiene una bella figura.

Claudia forzó una sonrisa.

—Gracias, Sylvia. Me hacen mucho bien sus palabras.

—Pronto desaparecerán esas señales, ya verá.

—Eso espero.

Tom habló de nuevo:

—Bien, señora Holbrook, no la molestamos más.

—Al contrario, me alegra que hayan venido.

—Volveremos por aquí, aunque sólo sea para saber cómo se encuentra, señora Holbrook —prometió Sylvia.

—Gracias, son los dos muy amables.

Tom y Sylvia se despidieron de Claudia Holbrook, subieron al coche, y se alejaron.

—¿Adónde vamos ahora, jefe? —preguntó la artista, como si fuera su secretaria de verdad.

El detective rió y respondió:

—A mi oficina. Tengo la mesa llena de papeles.

—Los pondremos en orden.

—Bien.

Rieron los dos alegremente.

De haber sabido lo que les esperaba en la oficina, se les habrían ido enseguida las ganas de reír.

CAPITULO VIII

TOM Burnett estaba abriendo ya su oficina.

Empujó la puerta e indicó:

—Pasa, Sylvia.

La artista penetró en la oficina.

El detective entró también y cerró la puerta.

—Esta es la antesala de mi despacho. Aquí trabajarías, si fueras mi secretaria.

—Me lo estoy pensando, ¿sabe?

—Creí oírte decir que no te interesaba el empleo.

—Porque dijo que tendría que desnudarme para usted.

—Eso fue sólo una broma.

—Ya lo sé —rió la artista, y fue hacia el despacho del detective privado—. Veamos si es cierto que tiene la mesa llena de papeles.

—¿Por qué iba a mentirte? —repuso Tom, yendo tras ella.

Sylvia fue la primera en entrar en el despacho.

Apenas tuvo tiempo de ver nada, porque alguien cayó sobre ella y la sujetó por detrás con su brazo izquierdo, rodeándole fuertemente el pecho, mientras con su otra mano le ponía una navaja en la garganta.

—¡Tom...! —chilló la artista, aterrorizada, pues pensaba que había caído en manos del tipo que la amenazara la noche pasada por teléfono, el que quería desfigurarle la cara y el cuerpo con su navaja.

El detective empuñó velozmente su revólver y dio un gran salto, cayendo en el interior del despacho.

—¡Quieto, Burnett!

—¡Tira inmediatamente esa pistola!

—¡Hazlo o le rebano la nuez a la chica!

Sylvia Daniels se dio cuenta de que eran tres voces distintas.

¡Había tres hombres en el despacho!

Ella no podía verlos, porque los tenía a sus espaldas, pero Tom Burnett sí los vio y los reconoció enseguida.

Eran los tres matones contratados por Stuart Holbrook.

El que había atrapado a Sylvia y la amenazaba con una navaja, era el de la cicatriz en la mejilla. El del bigote y el que llevaba el cráneo afeitado, también esgrimían navajas de resorte.

Tom se quedó parado, pero no arrojó su arma.

—De modo que habéis vuelto, ¿eh? —masculló, preocupado por la situación de Sylvia.

La artista se había quedado muy pálida y temblaba visiblemente.

Movía los labios, como si quisiera hablar, pero no decía nada.

El fulano del bigote, rasponiendo al detective privado, dijo:

—Así nos lo ordenaron, Burnett.

—¿Le dijisteis a Stuart Holbrook que habíais fracasado?

—Sí.

—Y os mandó de nuevo, ¿eh?

—En efecto.

—Habéis cometido un error, muchachos.

—Tenemos a la chica, ¿es que no lo ves? —dijo el tipo de la cicatriz, que no separaba su navaja de la suave garganta de Sylvia.

La artista sentía el frío roce del acero.

Eso era lo que le impedía hablar.

Y lo que la hacía temblar.

—De nada os va a servir, porque yo tengo un revólver —replicó Tom.

—Si no lo dejas caer enseguida, la degüello —amenazó el fulano de la cicatriz.

Sylvia tuvo un fallo cardíaco.

Estaba a punto de desvanecerse de terror.

Tom apretó los maxilares.

—Si haces brotar una sola gota de sangre de su garganta, os liquidaré a los tres, os lo juro —amenazó a su vez.

Los matones acusaron las palabras del detective.

No obstante, el del bigote dijo:

—Tranquilos, muchachos. El tipo no permitirá que nos llevemos a la muchacha por delante. Sólo trata de asustarnos.

—Lo mismo pienso yo —rezongó el del cráneo rapado—. No tendrá más narices que arrojar la pistola.

—Tienes cinco segundos para hacerlo, Burnett —dijo el individuo de la cicatriz—. Si no tiras tu arma, la garganta y el pecho de la chica se teñirán de rojo.

El músculo cardíaco de la artista falló de nuevo. Miraba a Tom Burnett de una manera tan angustiada, que el detective no lo dudó más y arrojó su revólver.

—Está bien, vosotros ganáis.

* * *

El tipo del bigote exhibió una sonrisa triunfal.

—Recoge la pistola del detective, Sholto.

—Con mucho gusto, Walter —respondió el pelado, y se apoderó del arma de Tom.

—Tú no sueltes a la chica, Nat. Y no dejes de amenazarla.

—Descuida, Walter —respondió el de la cicatriz.

—Sholto y yo vamos a darle la paliza al detective. Y él no se defenderá, porque si lo hace, tú le soltarás el tajo a la rubia. ¿Entendido, Nat...?

—Perfectamente.

—Bien, vamos allá —dijo Walter, guardando su navaja.

Sholto guardó también la suya, así como el revólver del detective.

Después, atacaron los dos a Tom.

El detective no se defendió, por temor a que el llamado Nat le cortara el cuello a Sylvia

Daniels.

El del bigote y el pelado le atizaron varios puñetazos y lo tiraron al suelo. Luego, le soltaron unos cuantos patadones.

Tom dejó de moverse.

Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta.

—Ha perdido el conocimiento, Walter —dijo el del cráneo rapado.

—Basta de golpes, pues —repuso el del bigote—. Cuando despierte, continuaremos con él. Hasta convertirlo en una piltrafa.

—Mientras tanto, podemos pasarlo bien con la chica, ¿no crees? —sugirió el pelado. —Excelente idea, Sholto —sonrió Walter.

Fueron los dos hacia ella.

Sylvia sintió deseos de chillar, pero no se atrevió, porque la navaja de Nat seguía pegada a su garganta.

Walter le acarició el rostro, antes de empezar a desabotonarle la blusa. Sholto, por su parte, le desabrochó el pantalón y comenzó a bajárselo.

—Supongo que yo también podré divertirme, ¿no? —dijo Nat.

—¡Claro! —respondió Walter, riendo—. Pero, de momento, límitate a amenazarla con tu navaja para que se esté quietecita y no chille, le hagamos lo que le hagamos.

—Y vamos a hacerle una de cosas... —añadió Sholto, riendo también.

Sylvia, absolutamente aterrada, vio cómo los tipos le abrían la blusa de par en par, le arrancaban el pequeño sujetador, y le bajaban el pantalón hasta casi los tobillos.

Walter empezó a toquetearle los pechos.

Sholto, los muslos y el trasero.

—¡Cómo está la rubia, chicos! —exclamó el del bigote.

—¡Para comérsela! —dijo el pelado, y se dispuso a tirar también de las sucintas braguitas.

El de la cicatriz en la mejilla no pudo resistir más y retiró la navaja del cuello de Sylvia, diciendo:

—¡Lo siento, pero no puedo esperar!

—¡No seas estúpido, Nat! —barbotó Walter.

—¡El detective está inconsciente y la chica no gritará, porque si lo hace le zurraremos y será peor para ella! ¡Vamos, tumbémosla en el suelo y gocemos los tres de ella!

—¡Nat tiene razón, Walter! —opinó Sholto.

—¡De acuerdo, al suelo con ella! —accedió el del bigote.

* * *

Tom Burnett no estaba inconsciente.

Había fingido perder el conocimiento para evitarse un castigo mayor y de paso ver si se le presentaba la oportunidad de sorprender a los tipos, pues sospechaba que intentarían abusar de Sylvia Daniels.

Y no se había equivocado.

Ya la habían tendido en el suelo, para violarla.

Ninguno de los matones miraba hacia donde yacía él, pues sólo tenían ojos para las tentadoras formas de la artista, así que no lo vieron incorporarse y saltar sobre ellos como una fiera.

De un terrible patadón en la sien, el detective dejó inconsciente a Sholto. Le parecía el más peligroso de los tres, puesto que se había guardado su revólver, y Tom no quería darle la oportunidad de utilizarlo.

Por eso lo atacó a él en primer lugar.

Walter y Nat, sorprendidos, intentaron sacar sus respectivas navajas, pero Tom se había convertido en una furia desatada y no lo permitió.

Casi le deshizo la cara al del bigote de un mazazo, golpeando de arriba hacia abajo, con todas sus fuerzas.

Walter se puso a chillar como una rata, porque su tabique nasal estaba hecho picadillo.

A Nat le ocurrió algo parecido.

También aulló, claro.

Tom la emprendió a patadas con ellos.

Y no olvidó atizarles una entre los muslos a cada uno, para que no pudieran violar a ninguna mujer en bastantes días.

Tampoco Sholto se libró de ese golpe tan especial.

Walter y Nat estaban ya tan inconscientes como su compañero.

Seguro que, cuando volviesen en sí, les dolería tanto todo que no podrían ni levantarse.

CAPITULO IX

MIENTRAS Tom Burnett golpeaba furiosamente a los tres hombres que habían estado a punto de violarla, Sylvia Daniels se puso en pie, se pegó contra la pared, aterrorizada todavía, y se apresuró a cubrir su desnudez.

Los tipos le habían destrozado el sujetador y el pantaloncito, así que la artista se limitó a subirse y abrocharse el pantalón, y cerrarse la blusa, aunque ésta, a causa de su transparencia, tan sólo velaba su busto.

Cuando el detective privado acabó con los matones, la «strip-teaser» corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—¡Tom!

Burnett la estrechó contra sí, a pesar de que le dolían las costillas. Las costillas... y muchas más cosas, porque no fueron pocos los golpes que le dieron Walter y Sholto, cuando él no podía defenderse, por hallarse Sylvia Daniels amenazada de muerte por Nat.

Y menos mal que simuló haber perdido el conocimiento, porque si no, lo dejan inválido para toda la vida.

—Tranquilízate, Sylvia. El peligro ha pasado.

Ella alzó la cabeza y lo miró.

—¿Se encuentra bien, Tom?

—No, pero podría encontrarme mucho peor, así que no me quejo.

—Sangra por la boca, por la nariz, por una ceja...

—Son golpes sin importancia.

—Se dejó golpear por mí...

—No podía permitir que te rajaran tu preciosa garganta, Sylvia — sonrió el detective.

—¿Cómo volvió en sí tan pronto y con tantas energías?

—No había perdido el sentido, fingí estar inconsciente para que dejaran de golpearme. En cuanto a lo de las energías... Soy duro de pelar y resisto bien los golpes. Además, al ver lo que esos cerdos pensaban hacer contigo, sufrí un ataque de furia y... Bueno, ya has visto que casi los hago pedazos.

La artista le acarició el rostro.

—Evitó usted que me violaran, Tom.

—Me hubiera gustado evitar también que te desnudaran y te manosearan, pero no pude intervenir hasta que el tipo de la cicatriz

retiró la navaja de tu cuello y se la guardó.

—Lo comprendo.

—¿Te causaron algún daño, Sylvia?

—No, sólo fue el susto. Como pensaba que usted estaba inconsciente, me dije que nada ni nadie podría impedir que los tipos me forzaran. Lo pasé muy mal, Tom. Fueron unos minutos terribles —sollozó la «strip-teaser», abrazándose de nuevo al detective.

Burnett le acarició la preciosa cabellera rubia.

—Tenemos que irnos de aquí, Sylvia.

La artista levantó nuevamente la cabeza.

—¿Y los tipos...? —preguntó.

—Ya han recibido lo suyo.

—¿No va a llamar a la policía...?

—No.

—¡Querían violarme, Tom!

—Porque estabas conmigo.

—Pero...

—El responsable de todo es Stuart Holbrook, Sylvia. El es quien tiene que pagar por todo esto. Y lo pagaré, te lo juro. Esta noche le haré una visita al apartamento de su amiguita. Seguro que lo pilló allí.

—Está bien, Tom.

El detective se separó de la artista y recuperó su revólver, que seguía en poder de Sholto. Después, cogió del brazo a la «strip-teaser» y tiró de ella.

—Vámonos, Sylvia.

—¿No le importa dejar a los tipos aquí, en su despacho...?

—Se largarán en cuanto despierten. Si es que pueden caminar, claro, porque les va a doler mucho lo que tienen entre las piernas.

—Se lo merecen, por puercos.

—Desde luego.

Abandonaron la oficina y bajaron a la calle.

Antes de entrar en el Chrysler del detective, éste preguntó:

—¿Quieres conducir tú, Sylvia?

—Se siente peor de lo que parece, ¿verdad? —adivinó la artista, preocupada.

—No, pero me harás un favor si llevas tú el coche —respondió Burnett, oprimiéndose las costillas con la mano derecha.

—De acuerdo.

Se introdujeron en el Chrysler y Sylvia lo puso en marcha.

—En cuanto lleguemos a mi apartamento me ocuparé de usted, Tom.

—Gracias.

—Necesita cuidados y descanso.

—Sí, creo que sí —suspiró el detective, descansando la cabeza en el respaldo del asiento y cerrando los ojos, sin retirar la mano de sus contusionadas costillas.

* * *

Ya en el apartamento de Sylvia Daniels, ésta cogió del brazo al detective privado y lo llevó hacia el dormitorio, diciendo:

—Le atenderé en mi habitación, Tom.

—De acuerdo.

—Ahora le duelen más los golpes, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Siempre ocurre así.

Entraron en el dormitorio y la artista indicó:

—Desnúdese y échese en la cama, Tom.

—Oye, que la «strip-teaser» eres tú, no yo.

Sylvia rió.

—No sea tonto y quítese la ropa. Sólo así podré atenderle los golpes que le dieron.

—Está bien —rezongó el detective, y empezó a desvestirse.

Mientras tanto, Sylvia entró en el cuarto de baño, abrió el armario, y tomó el botiquín. También cogió la toalla, mojando un extremo de ella en el lavabo.

Cuando salió, Tom yacía ya sobre la cama, sin más ropa encima que el slip. Su amplio y musculoso tórax había quedado marcado por las puntas de los zapatos de Walter y Sholto.

La artista se estremeció al observar las dolorosas contusiones y dijo:

—Otro, en su lugar, no hubiera podido ni levantarse del suelo.

—Yo tengo los huesos duros, ya te lo dije —repuso el detective, con una ligera sonrisa. Sylvia se sentó en la cama y empezó a curarle, comenzando por limpiarle la sangre que había brotado de su ceja, de su nariz, y de su boca.

Tom la miraba, en silencio.

De pronto, su vista bajó y se posó en la fina blusa de la artista, observando los magníficos senos, los firmes pezones, sus amplias aureolas.

Sylvia se dio cuenta y preguntó:

—¿Qué mira?

—Tu espléndido busto. Se te clarea todo, ¿sabes?

—Porque los tipos destrozaron mi sujetador, no porque me guste

exhibir mis senos.

—Los exhibes cada noche, como todo lo demás.

—Ya hablamos de eso, ¿no?

—Sí, ya hablamos.

—Le expliqué por qué me hice «strip-teaser». Y también que quiero dejar de serlo.

—Sí, cuando tengas mucho dinero ahorrado.

—Puede que me retire antes.

—¿De veras?

—En cuanto cumpla mi contrato con Frank Latham.

—¿Ya qué piensas dedicarte?

—¿No dijo usted que necesita una secretaria, Tom?

—Sí.

—Pues tómeme a mí.

Burnett la cogió por la cintura.

—¿Qué hace? —preguntó la artista.

—Tomarte. ¿No has dicho que...?

—Me refería al trabajo, no a mi persona.

—Dame un beso, Sylvia.

—¿Ya empezamos a dar órdenes...?

—No es una orden, es un ruego.

—Bueno, siendo así... —sonrió la «strip-teaser», y le besó en los labios.

Burnett le devolvió el beso y la abrazó.

Sylvia notó que la mano del detective se deslizaba hacia su busto, pero no lo frenó. Sin embargo, cuando sintió que la mano le oprimía cálidamente el seno izquierdo por encima de la blusa, interrumpió el beso y dijo:

—Otro que quiere la palmera entera.

—¿Cómo dices...?

—Que tampoco usted se conforma con un dátil, Tom.

—¿Dátil...?

—Dátil, igual a beso. Y palmera, igual a cuerpo. ¿Lo entiende ahora, señor detective...? Burnett sonrió.

—Creo que sí. Te pedí un beso y no he sabido conformarme con saborear tus dulces labios.

—Exacto.

—Lo siento, pero tengo por costumbre acariciarle los pechos a una mujer cuando la beso.

—Qué cara.

—De púgil, ya lo sabes.

—Vamos, deje de toquetearme o no podré acabar de curarle.

—Dame otro beso y luego continuas, ¿vale?

—No, no vale.

—Impedí que los tipos te violaran, ¿recuerdas?

—Y ahora quiere que se lo agradezca, ¿eh?

—Es lo menos que puedes hacer.

—De acuerdo, le daré otro beso. Pero deje las manos quietas o le partiré la otra ceja de un puñetazo, ¿entendido?

El detective rió.

—Puedes partirme lo que quieras, preciosa —respondió, y la besó con ganas, sin dejar de acariciarle los senos.

Sylvia no le partió nada.

Y eso que la mano de Tom se había deslizado por el escote de la blusa, para acariciarla mejor.

A la artista le gustaba la forma de besar del detective.

Y su forma de acariciar.

Por eso no protestó.

Se sentía feliz en los fuertes brazos de Tom Burnett.

* * *

Tom Burnett descansó todo el resto del día y durmió varias horas.

Al anochecer, él y Sylvia Daniels abandonaron el apartamento, cogieron el Chrysler, y se dirigieron al apartamento de Jennifer Addison, la sensacional pelirroja que mantenía relaciones íntimas con Stuart Holbrook.

El coche lo conducía el detective, que se sentía mucho mejor que por la mañana. El descanso y las atenciones de la artista, que parecía una enfermera profesional, le habían dejado casi como nuevo.

Tom estacionó su Chrysler frente al edificio donde vivía la amiguita de Stuart Holbrook, y él y Sylvia se apearon.

Poco después, el detective hacía sonar el timbre del apartamento de la pelirroja. Sylvia había subido con él, porque Tom no quería dejarla sola ni un segundo.

Como nadie abría, Tom abrió la puerta por su cuenta.

No tuvo la menor dificultad, porque el cerrojo no estaba echado.

Tom y Sylvia penetraron en el apartamento.

Las luces estaban encendidas, pero no se veía a nadie.

El detective fue hacia el dormitorio, seguido de la artista.

Cuando Tom empujó la puerta, que se hallaba entornada, descubrió a Stuart Holbrook tirado en el suelo y con una gran mancha de sangre en el pecho.

¡Alguien le había disparado!

CAPITULO X

SYLVIA Daniels descubrió también el cuerpo inmóvil y ensangrentado de Stuart Holbrook, y no pudo reprimir un grito de horror.

—¡Tom! —exclamó a continuación, agarrándose al detective privado.

Burnett murmuró:

—Es Holbrook...

—Está muerto, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Dios mío...

—Voy a comprobarlo. Tú espera aquí, Sylvia.

—Sí.

Tom entró en la habitación y se acercó a Stuart Holbrook, arrodillándose junto a él. Pudo comprobar que tenía dos agujeros en el pecho, uno de ellos a la altura del corazón.

Eran agujeros de bala, como ya suponía el detective.

Tom le tocó el cuello.

Su arteria carótida no latía.

El marido de Claudia había muerto, como también suponía el detective.

Se lo habían cargado.

Y no hacía mucho de eso, porque su cuerpo todavía estaba caliente.

Tom se irguió y miró a Sylvia, que no se había movido del umbral de la habitación.

—Sí, está muerto —confirmó.

—¿Y su amiga...? —preguntó la artista.

El detective iba a responder, cuando Jennifer Addison apareció en la puerta del baño, envuelta en una ligera bata y con una pistola en su mano derecha.

—Su amiga está aquí —dijo.

Sylvia dejó escapar un gemido de terror.

—¡Tom! —exclamó, haciendo un gallo con la voz.

El detective se había vuelto ya hacia el baño, descubriendo a la amante de Stuart Holbrook.

—No se mueva, Burnett —advirtió la escultural pelirroja, apuntándole al pecho con su pistola—. Si intenta sacar su arma, le alojaré un par de balas en el pecho.

—Como a Stuart Holbrook, ¿no?

—Exacto.

—¿Por qué lo mataste, Jennifer?

—Por dinero.

—¿Por dinero...?

—Eso he dicho.

—¿Quieres decir que alguien te pagó para que tú...?

—Sí.

—¿Quién?

—¿De veras no lo adivina, Burnett...?

El detective, tras unos breves segundos de reflexión, preguntó:

—¿Claudia, tal vez...?

—Acertó.

Tom cambió una mirada con Sylvia, que se había quedado tan perpleja como él. Después, se encaró de nuevo con la amante de Stuart Holbrook y confesó:

—No lo entiendo, Jennifer.

—Usted tiene fama de ser un detective muy listo, Burnett, pero Claudia le tomó el pelo.

—¿Qué?

—Lo utilizó.

—Explícate, por favor.

—Claudia quería librarse de su marido, porque desea casarse con otro hombre, mucho más joven que Stuart. Mantiene relaciones íntimas con él desde hace algún tiempo. El plan urdido por Claudia, es realmente bueno. Para empezar, me contrató a mí para que conquistara a su marido y me convirtiera en su amante. Y no fue difícil, con esta cara y este cuerpo que Dios me ha dado —aseguró la pelirroja, sonriendo, al tiempo que asomaba su muslo derecho por la abertura de la bata.

Tom bajó un instante la mirada, le echó una ojeada al formidable remo de la chica, y rogó:

—Continúa, Jennifer.

—Bueno, usted fue el siguiente paso, Burnett. Claudia lo contrató para que le consiguiera pruebas de que su marido tenía una amante. Y, una vez hecho el trabajo, Claudia le envió tres matones. Tenían que golpearle duramente, para que luego, cuando Claudia le dijese que los tipos habían sido enviados por su marido, usted sintiese deseos de vengarse de él. Los matones no pudieron darle la paliza, porque usted

se defendió muy bien, pero como le dijeron que los había mandado Stuart Holbrook, la cosa no salió mal del todo.

Claudia intuyó que iría usted a verla, por la mañana, y se maquilló de forma que pareciese que le habían dado una buena paliza.

Tom apretó las mandíbulas.

—Conque era maquillaje, ¿eh? —rezongó.

—Sí, todo, porque Stuart no le dio ni el más leve cachete. ¿Cómo iba a dárselo, si él no sabía nada de nada...?

—Sigue, Jennifer.

—Claudia sabía que la falsa paliza despertaría sus deseos de ajustarle las cuentas a Stuart. Pero, para que su venganza fuese terrible, ordenó a los matones que intentaran de nuevo darle la paliza. Y que, además, violasen a su secretaria. Su cólera sería tan infinita, que hasta puede que deseara matar a Stuart. Lamentablemente, los tipos fallaron de nuevo. Ni le dieron la paliza que Claudia esperaba, ni violaron a su secretaria. Pero, como estuvieron a punto de conseguir ambas cosas, Claudia adivinó que usted vendría esta noche a mi apartamento, en busca de Stuart. Lo que no esperaba, es que trajese a su secretaria. Ahora, tendré que matarlos a los dos.

Sylvia Daniels tuvo un claro estremecimiento.

—Tom... —gimió, sin apenas voz.

El detective no apartó su mirada de Jennifer Addison.

—Creo que lo voy entendiendo, preciosa. Tú has matado a Stuart, siguiendo las instrucciones de Claudia, pero dirás a la policía que lo maté yo.

—Exacto —asintió la pelirroja.

—Y que tú me mataste a mí, con la pistola de Stuart.

—Eso es.

—¿Y a mi secretaria también...?

—No, le diré a la policía que a la rubia la mató usted, sin querer, cuando intentaba liquidarme a mí. Había sido alcanzado ya por mis disparos, y apretó el gatillo mientras se derrumbaba.

Tom emitió una risita.

—Qué tonta eres, Jennifer.

—¿Por qué lo dice?

—Los de balística descubrirían que Stuart, Sylvia y yo habíamos recibido balas de una misma pistola, y se te vería el plumero enseguida.

Ahora fue Jennifer la que rió.

—El tonto lo es usted, Burnett.

—¿Por qué?

—No maté a Stuart con esta pistola, utilicé otra. Con ésta, le

mataré solamente a usted. A su secretaria, le dispararé con la pistola que utilicé con Stuart. Después, borraré mis huellas y se la pondré a usted en la mano, para que deje impresas las suyas. Y la policía no dudará de que usted mató a Stuart y a Sylvia, a ella de forma accidental. En cuanto a su verdadera pistola, la que lleva ahora encima y no puede empuñar, porque yo no le dejo, desaparecerá.

Tom apretó de nuevo los dientes.

—Estás en todos los detalles, ¿eh, guapa? —masculló.

—El mérito es de Claudia Holbrook. Ella es la que...

La pelirroja dejó repentinamente de hablar y empezó a disparar sobre el detective, porque éste se había arrojado inesperadamente al suelo y ya rodaba por él, buscando la protección de la cama.

CAPITULO XI

SYLVIA Daniels se arrojó también al suelo, aunque ella no corría peligro en aquel momento, porque Jennifer Addison no podía matarla con la pistola que ahora empuñaba.

Con ésa, sólo podía matar a Tom Burnett.

Pero el detective privado no estaba dispuesto a dejarse liquidar y cargar además con la muerte de Stuart Holbrook. Había sacado su revólver mientras giraba por el suelo y, en cuanto contó con la protección de la cama, respondió al fuego de la pelirroja.

Jennifer no había conseguido acertarle con sus disparos, porque Tom se había movido con mucha rapidez y agilidad. Y, como el detective tenía muy buena puntería, sólo necesitó una bala para herir a la pelirroja.

Se la incrustó en el hombro derecho.

Jennifer dio un chillido y cayó al suelo, perdiendo la pistola.

Tom se irguió de un salto, corrió hacia la puerta del baño, y se apoderó del arma que había utilizado la amante de Stuart Holbrook.

Jennifer, con su mano izquierda, intentó sacar la pistola que llevaba en el bolsillo de su bata. Era el arma con la que había matado a Stuart Holbrook, y que después de asesinar al detective debía usar para acabar también con Sylvia.

Tom no le permitió empuñarla.

Se la arrebató y se la guardó también.

—Se acabó el juego, preciosa.

—¡Maldito seas! —rugió la pelirroja, agarrándose el hombro derecho, porque le dolía terriblemente.

—No esperabas perder la partida, ¿eh?

—¡Al infierno contigo!

—Allí iréis tú y Claudia, cuando dejéis este mundo, por perversas.

Sylvia Daniels se había puesto en pie y ya se acercaba, pálida todavía.

—¿No está herido, Tom...?

—No, estoy perfectamente.

—Gracias a Dios.

—Vigila a Jennifer, Sylvia, mientras llamo a la policía.

—Bien.

El detective se acercó a la mesilla de noche, descolgó el teléfono, y marcó el número de la policía.

* * *

El teniente Mortenson, viejo conocido de Tom Burnett, se personó a los pocos minutos en el apartamento de Jennifer Addison, acompañado de varios agentes.

Tom se lo contó todo, mientras los camilleros retiraban el cuerpo sin vida de Stuart Holbrook y Jennifer Addison recibía atención médica, aunque de manera provisional, puesto que tenía alojada la bala en el hombro y tendrían que extraérsela en el hospital.

—Menuda arpía esa Claudia, Burnett —comentó Mortenson.

—Sí, es una buena pájara, aunque no lo parezca —repuso el detective privado. —Iremos por ella enseguida. Y arrestaremos también a los tres matones que contrató. —Sí, merecen pasarse una temporada entre rejas, por lo que quisieron hacerle a Sylvia. —Desde luego —habló la artista.

—Se la pasarán, no lo dude —aseguró Mortenson—. Agresión, intento de violación, armas blancas, amenazas de muerte... El juez tendrá motivos sobrados para sentarles la mano con dureza.

Poco después, Tom y Sylvia abandonaban el apartamento de Jennifer.

No disponían de mucho tiempo, porque la artista tenía que actuar en La Estrella Polar, así que fueron directamente al club de Frank Latham.

* * *

Por el camino, Sylvia Daniels dijo:

—Es curioso, Tom.

—¿El qué? —preguntó el detective privado.

—Frank Latham lo contrató a usted para que yo no corriera ningún peligro, y en un solo día he corrido más peligros que en toda mi vida. Esta mañana, en su oficina, estuvieron a punto de degollarme con una navaja y de violarme salvajemente. Y esta noche, en el apartamento de Jennifer Addison, estuvieron a punto de liquidarme a tiros.

—Todo eso es cierto, pero...

—Creo que el señor Latham se equivocó de hombre.

—Te he sacado de todos los apuros, ¿no?

—Sí, eso es verdad. Ahí no se equivocó Frank Latham. Dijo que era usted experto y eficaz, y ha demostrado serlo. De todos modos, yo

no hubiera corrido todos esos peligros de haberme confiado el señor Latham a otro detective.

—Te recuerdo que yo no quería hacerme cargo de ti, Sylvia. Accedí porque tú me lo suplicaste.

—Es cierto.

—Si deseas cambiar de protector, no tienes más que decirlo.

—No quiero cambiar de protector. Sé que tengo al mejor. Al más fuerte. Al más valiente. Y al más sinvergüenza, también. Esto último lo digo por lo que pasó mientras le curaba los golpes.

Burnett rió.

—No pasó casi nada. Un par de besos, unas caricias...

—Porque yo no quise que pasaran más cosas. De no haberle frenado, me habría hecho el amor, a pesar de las contusiones.

—Es posible, porque mientras te besaba y te acariciaba, no me dolía nada.

—Creo que no seré su secretaria. Sería demasiado peligroso para mí.

—Entonces, sigue haciendo «strip-tease».

La artista, risueña hasta entonces, se entristeció.

—¿Quiere que le confiese una cosa, Tom?

—Bueno.

—Daría lo que fuera por no volver a desnudarme en público.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Habla con Latham, pues. Dile que has decidido retirarte.

—No lo permitirá. Me obligará a cumplir el contrato, a pesar de que dijo que no lo haría.

—¿Quieres que hable yo con él?

—No lograría convencerle, Tom.

—Déjame intentarlo, al menos.

—De acuerdo.

—¿Serás mi secretaria, si convenzo a Latham?

—Sí.

—No has dudado en tu respuesta. ¿Es que ya no te parece peligroso trabajar para mí...?

—Le tengo menos miedo a usted que al tipo que me amenazó con desfigurarme la cara y el cuerpo con su navaja. Por eso acepto el empleo, Tom. Siendo su secretaria, ya no tendré que preocuparme de ese loco.

—Tú lo conoces, Sylvia.

—¿A quién?

—Al tipo que te amenazó.

La «strip-teaser» abrió la boca.

—¿Que lo conozco, dice...?

—Si no lo conocieras, no habría disimulado su voz con un pañuelo, cuando te llamó. Sylvia se estremeció.

—Dios mío, no se me había ocurrido...

CAPITULO XII

FRANK Latham se levantó del sillón al oír que llamaban a la puerta.

Cuando abrió, y vio que eran Tom Burnett y Sylvia Daniels, se llevó una gran alegría.

—¡Estaba preocupado por ti, Sylvia! —confesó, cogiendo las manos de la artista.

—¿Por qué?

—Ya casi es la hora de tu actuación, y como no llegabais, temí que te hubiera sucedido algo.

—La verdad es que me han sucedido muchas cosas. Y a Tom Burnett, también. ¿No ve que tiene más señales de golpes en la cara que anoche, señor Latham?

El propietario de La Estrella Polar observó el rostro del detective privado.

—Caramba, es cierto...

Tom se rozó la barbilla con las yemas de los dedos.

—Gajes del oficio, señor Latham.

—¿Qué paso, Burnett?

—Como no tiene nada que ver con el tipo que amenazó a Sylvia, me ahorraré las explicaciones. Además, quiero hablarle de otra cosa, señor Latham.

—¿De qué?

—De Sylvia.

Frank miró a la artista.

—¿Qué tiene que decirme de Sylvia, Burnett?

—Ha decidido retirarse.

—¿Eh...?

—Quiere dejar de ser «strip-teaser». Y no por miedo al tipo que la amenazó anoche, sino porque desea cambiar de profesión. Está cansada de desnudarse en público.

—¿Es cierto eso, Sylvia...?

—Sí, señor Latham —asintió la artista—. En realidad, nunca he tenido vocación de «strip-teaser». Me dediqué a esto por dinero. Estaba necesitada y no encontré otra cosa.

—¿Ya qué piensas dedicarte ahora...?

Sylvia miró al detective privado.

—Tom necesita una secretaria.

—Oh, creo que ya lo entiendo... Te has enamorado de él, ¿eh?

—Yo no he dicho eso.

—No lo has dicho, pero lo adivino por tu forma de mirarle. Y la verdad es que no me lo explico, con la cara de boxeador que tiene...

El detective rió.

—A Sylvia le gustan los tipos rudos, señor Latham.

—Si lo llego a saber, contrato a otro —rezongó Frank.

—¿Dejará que me retire, señor Latham? —preguntó la artista.

—¿Sin cumplir el contrato?

—Sí.

Frank vaciló.

—Bueno, yo...

—Dijo usted que no me obligaría a cumplirlo, señor Latham —recordó Sylvia.

—¿De veras lo dije?

—Sí.

—Entonces, no tendré más remedio que cumplir mi palabra —suspiró el dueño del club, resignado.

La artista sonrió ampliamente.

—¿Quiere decir que accede...?

—Sí, no deseo obligarte a actuar, Sylvia. Sólo deseo que seas feliz con el suertudo de

Burnett —respondió, sonriendo.

La «strip-teaser» lo abrazó y lo besó en ambas mejillas.

—¿Cómo se lo agradezco, señor Latham?

—¿Puedo pedirte un favor, Sylvia?

—¡Claro!

—Actúa esta noche.

La artista cambió una mirada con el detective.

—Será la última vez, Sylvia —aseguró Frank—, Tu despedida como «strip-teaser».

¿Querrás hacerlo por mí...?

Sylvia se dijo que no podía negarse, después de lo generoso que Frank Latham había sido con ella, al no obligarla a cumplir su contrato, así que respondió:

—De acuerdo, señor Latham. Actuaré por última vez.

—Gracias, Sylvia —sonrió el dueño del club, visiblemente satisfecho.

El local de Frank Latham se hallaba aún más concurrido que la noche pasada. El lleno era total, absoluto, porque los clientes habituales no habían podido olvidar la sensacional actuación de Sylvia Daniels, la estrella actual del club nocturno.

Lo habían comentado con los amigos y conocidos, y aquella noche había bastantes caras nuevas en la sala. Los nuevos clientes querían ver con sus propios ojos a la bella y original «strip-teaser», comprobar que sus números eran tan fantásticos como se decía.

Como la hora de la actuación de Sylvia Daniels se aproximaba, todo el mundo estaba pendiente de la pista de atracciones. Y, cuando vieron aparecer al presentador, con su brillante smoking, empezaron a aplaudir, adivinando que iba a anunciarles la actuación de la fabulosa «strip-teaser».

El apuesto Eddy Fletcher, después de hacer una indicación a los músicos, para que dejasen de tocar, se llevó el micrófono a la boca y dejó oír su bien timbrada voz:

—Damas y caballeros, como la sensacional Sylvia Daniels ya se ha recuperado de su indisposición, esta noche no tendrán ustedes que soportar el «strip-tease» de la fea y desgarbada Thelma, la mujer de la limpieza, ni yo sus furiosos mochos.

Las palabras del presentador provocaron las carcajadas del público.

Eddy Fletcher rió también y añadió:

—Esta noche, señoras y señores, tendrán ustedes el placer y la suerte de ver desde el primer momento a la exuberante...

El presentador se interrumpió al escuchar un auténtico estallido de risas y giró la cabeza, descubriendo a una niña que jugaba con un aro de plástico, mientras le daba chupadas a una piruleta de fresa.

La niña, naturalmente, era Sylvia Daniels, que se había disfrazado de tal. Se había hecho dos cómicas trenzas y se había colocado un par de lazos rojos en los extremos.

El corto vestido también resultaba harto cómico, así como los zapatos y los calcetines, que le llegaban hasta las rodillas. Disimular sus protuberancias pectorales, era lo más difícil, pero lo conseguía.

El público rompió a aplaudir, porque había reconocido a la «strip-teaser» e intuía que iba a divertirse mucho con aquel nuevo número ideado por la hermosa Sylvia Daniels.

Sylvia ponía cara de niña tonta.

¡Y qué bien le salía!

Haciendo rodar el aro de plástico, y sin dejar de chupar la rica piruleta de fresa, Sylvia se acercó al presentador, dando graciosos saltitos.

—¡Hola! —lo saludó, con voz de niña.

Eddy Fletcher, que simulaba haberse quedado boquiabierto, exclamó:

—¿Quién diablos eres tú...?

—Me llamo Raquelita. ¿Quiere darle una chupadita a mi piruleta?
—Sylvia se la acercó a la boca.

—¡Quieta, niña!

—Está muy buena.

—¡Lárgate, Raquelita! ¡Este no es sitio para jugar con tu aro!

—No he venido a jugar, señor. Le traigo un recado de mi hermana.

—¿Tu hermana? ¿Quién es tu hermana...?

—Sylvia.

—Oh, eres hermana de Sylvia Daniels...

—Sí.

—¿Y qué recado te ha dado Sylvia...?

—Se ha puesto malita y no puede actuar.

—¿Otra vez...?

—Sí, señor. Lleva una racha, la pobre...

Los espectadores no paraban de reír, porque la «strip-teaser» representaba magníficamente su papel de niña.

Eddy Fletcher se cruzó de brazos, con el ceño fruncido.

—¿Y qué hago yo ahora, mona...? ¡El público quiere ver a Sylvia!

—Si quiere, puedo distraerles yo.

—¿Tú...?

—Sí, con mi aro. ¡Sé hacer una de cosas con él...!

El presentador tosió.

—Bueno, no eran ejercicios con un aro lo que los espectadores deseaban ver, precisamente, pero a falta de otra cosa... Te dejo con ellos, Raquelita.

—¡Gracias, señor!

Eddy Fletcher se retiró de la pista y los músicos empezaron a tocar.

Naturalmente, la melodía distaba mucho de ser la más apropiada para realizar un número de «strip-tease», ya que se trataba de una canción infantil, pero era lo que la actuación de Sylvia Daniels requería. La «strip-teaser» empezó a hacer tonterías con el aro de plástico, pero parecía prestarle más atención a la piruleta de fresa que al aro, por lo que éste le cayó al suelo.

Sylvia dio un gritito de rabia y se agachó para recogerlo.

Lo hizo sin doblar las piernas.

Y dando la espalda al público.

Naturalmente, y debido a la brevedad de su vestido de niña,

enseñó todo el trasero, prácticamente desnudo, porque su ropa interior no era de niña.

Los ojos de los espectadores empezaron a brillar, porque la artista se recreó deliberadamente en la acción. Realizó, además, unos graciosos movimientos de grupa, antes de erguirse.

Después, volvió a hacer tonterías con el aro, que, sin saber cómo, se enganchó en su vestido de niña y se le llevó la falda.

Sylvia no hizo caso y siguió jugando con el aro y chupando la piruleta, entre las risas del público. Como el minúsculo pantaloncito apenas cubría nada, tanto por delante como por detrás, casi podía decirse que la artista se movía desnuda de cintura para abajo.

El aro se enganchó de nuevo, y ésta vez se llevó la parte de arriba del vestido, dejando al descubierto el busto de Sylvia, que el reducido sujetador sólo tapaba en una mínima parte.

A pesar de ello, la artista siguió moviéndose como una niña y lamiendo la piruleta, para regocijo del público, que se tronchaba de risa, aunque no por ello dejaba de prestar atención a las formidables formas de la «strip-teaser».

El siguiente enganchón del aro, se llevó el breve sujetador y dejó a Sylvia Daniels con los pechos totalmente al aire. Luego, el aro le arrancó el descarado pantaloncito y la artista ya no ocultó nada de su persona.

Y así, completamente desnuda, Sylvia dio un par de vueltas por la pista, haciendo rodar su aro, y luego se retiró, chupa que te chupa la piruleta.

La ovación del público fue estruendosa y se prolongó durante varios minutos, entusiasmados todos los espectadores por la actuación de la extraordinaria «Strip-teaser».

Sylvia Daniels ya se había puesto la bata, que, como de costumbre le había entregado Eddy Fletcher.

El presentador la felicitó por su actuación.

También Frank Latham, que había presenciado el número de Sylvia desde allí, como la noche anterior.

—¡Has estado colosal, Sylvia!

—Gracias, señor Latham.

—¡Qué pena que hayas decidido retirarte! ¡No hay otra como tú!

La artista preguntó:

—¿Dónde está Tom Burnett?

—En la sala. Quería presenciar tu actuación mezclado entre el público.

—Ya. Bien, voy a cambiarme, señor Latham.

—De acuerdo.

Sylvia se dirigió a su camerino, entró en él, y echó el cerrojo,

como de costumbre. Después, se quitó la bata y empezó a vestirse.

Ya se había puesto la ropa interior, cuando el teléfono empezó a sonar, como la noche pasada.

La artista dio un fuerte respingo.

¿Sería el tipo que...?

Sylvia tomó el auricular y se lo acercó al oído con mano temblorosa.

—¿Di..., diga...? —tartamudeó, a causa de su nerviosismo.

—Me engañaste, Sylvia, y voy a cumplir mi amenaza —habló el mismo hombre que le llamara la noche pasada, con su extraña voz.

CAPITULO XIII

SYLVIA Daniels creyó hallarse de nuevo en plena Antártida tal como iba ahora, es decir, en pantaloncitos y sujetador, porque se quedó tan helada como la noche anterior.

A pesar de ello, fue capaz de gritar:

—¡No le he engañado!

—Me dijiste que ibas a retirarte —recordó el tipo.

—¡Y así es!

—Has actuado esta noche. Has vuelto a desnudarte en público.

—¡Por última vez! ¡Ha sido la despedida!

—No te creo, Sylvia.

—¡Es la verdad, se lo juro! ¡Frank Latham me pidió que actuara esta noche y no pude negarme!

—Sé que ha contratado los servicios de un detective privado, para que te proteja día y noche, pero no te va a servir de nada. Mataré a ese detective y luego me ocuparé de ti. Te dejaré desnuda. Tan desnuda cómo te quedas en la pista de atracciones. Entonces, sacaré mi navaja y te lo marcaré todo. La cara, los pechos, las caderas, el vientre, los muslos, el trasero... Y tú no podrás gritar ni defenderte, porque estarás atada y amordazada. Tu cuerpo entero se teñirá de rojo, con tu sangre, y sufrirás terriblemente... Sylvia Daniels sintió que le flaqueaban las rodillas y tuvo que apoyarse en el tocador, para no caerse. Se hallaba tan aterrorizada, que temía desvanecerse de un instante a otro.

—Escúcheme, por lo que más quiera... —suplicó, con un hilo de voz.

—Habla.

—Le juro por lo más sagrado que voy a retirarme. No volveré a trabajar como «Strip-teaser», me han ofrecido un empleo de secretaria y lo he aceptado. Empiezo a trabajar mañana. Se acabó el «strip-tease» para siempre.

—¿Quién te ha ofrecido ese empleo? —preguntó el tipo.

—El detective privado que me protege.

—¿Se ha enamorado de ti, acaso...?

—No lo sé.

—¿Y tú de él, Sylvia...?

—Creo que sí.

—Pues no tiene mucho de guapo.

—A mí me gusta.

—¿Te casarás con él?

—Si me lo pide, es posible que acepte.

—Está bien, voy a darte una nueva oportunidad, Sylvia.

—¡Oh, gracias!

—Pero será la última, te lo advierto. Si me engañas y vuelves a desnudarte en público, ya sabes lo que te haré. ¡Te convertiré en un monstruo de mujer!

A la artista volvieron a temblarle las piernas.

—¡No le engaño, se lo juro una vez más!

—Bien —dijo el tipo, y colgó.

Sylvia colgó también y se derrumbó literalmente sobre la banqueta del tocador, rompiendo en sollozos.

* * *

Frank Latham se disponía a encender un magnífico habano, cuando la puerta de su despacho se abrió y Tom Burnett penetró en él.

El propietario de La Estrella Polar respingó en su sillón.

—Me ha asustado, Burnett —confesó—. Como ha entrado sin llamar...

—Para susto, el que acaban de darle a Sylvia Daniels —repuso el detective privado.

—¿Qué?

—El tipo la ha vuelto a llamar.

—¿El que la amenazó con desfigurarle la cara y el cuerpo...?

—Sí.

—¡Maldito hijo de perra!

—¿Por qué insulta a su madre?

—Bueno, ya sé que la madre del tipo no tiene la culpa, pero...

—El tipo es usted, Latham.

—¿Cómo?

—Que el hijo de perra es usted.

Frank enrojeció.

—Cuidado con lo que dice, Burnett. No le consiento que...

—Lo he oído todo, Latham.

—¿Qué?

—Estaba detrás de la puerta. Y la abrí un par de centímetros, para oír mejor lo que le decía a Sylvia.

El dueño del club perdió rápidamente el color.

No obstante, reaccionó.

No tenía más remedio, porque había sido descubierto, así que abrió velozmente el cajón superior de su mesa y empuñó la pistola que guardaba en él.

Tom Burnett ya estaba volando por los aires como un pájaro.

Pasó por encima de la mesa de Frank Latham y cayó sobre éste, derribándolo con estrépito a él y a su sillón.

El dueño del club perdió su arma, sin haber tenido tiempo de utilizarla.

Tom saltó sobre él y comenzó a abofetearle con ambas manos.

—¡Confíese por qué lo hizo, Latham!

Este trató de quitárselo de encima, pero no pudo.

El detective era mucho más fuerte que él.

Y, como no dejaba de abofetearle, Frank gritó:

—¡Basta, Burnett! ¡Lo confesaré todo!

Tom interrumpió el castigo.

—¡Hable, Latham!

—Lo hice porque quería retener a Sylvia...

—¿Retenerla?

—Sí, no quería que dejara mi local, una vez finalizado el contrato.

—Eso lo hubiera podido conseguir ofreciéndole un contrato aún más ventajoso, Latham.

—No, Sylvia no hubiese aceptado.

—¿Cómo lo sabe?

—Es su costumbre. Cuando cumple un contrato, cambia de local.

—No lo entiendo, Latham. Usted la amenazaba con desfigurarle La cara y el cuerpo si no dejaba de hacer «strip-tease»...

—Sólo quería asustarla para que aceptara la protección de un detective privado. Usted es caro, Burnett, y Sylvia lo sabe. Cuando hubiese finalizado su contrato, su protección me habría costado mucho dinero, y yo hubiera empleado ese argumento para retenerla en mi local. Sylvia es una chica agradecida y hubiese firmado un nuevo contrato. Además, seguiría necesitando protección, porque yo pensaba repetir las llamadas y las amenazas.

—Empiezo a comprender, Latham.

—Con lo que yo no contaba, es que Sylvia se enamorase de usted, Burnett, y decidiese retirarse.

—¿Y qué pensaba hacer, liquidarme?

Frank no respondió.

—Sí, le convenía eliminarme, para que Sylvia se quedara sin su empleo de secretaria y volviera al «strip-tease». En La Estrella Polar, naturalmente. Y protegida por otro detective privado, que usted

pagaría, para que Sylvia, agradecida, continuara en su club. ¿Me hubiera liquidado personalmente, o habría contratado a alguien para que me quitase de en medio?

Frank siguió callado.

Tom se irguió, recogió la pistola de Latham, y le apuntó con ella.

—No se mueva mientras hablo con la policía, Latham.

EPILOGO

TOM Burnett y Sylvia Daniels habían vuelto al apartamento de la artista. Se encontraban en el living, sentados en el sofá, con sendas copas en las manos.

Estaban los dos muy tranquilos y relajados, porque ya había acabado todo. Frank Latham había sido detenido por el teniente Mortenson y sus hombres, quienes de paso comunicaron al detective privado y a la artista que Claudia Holbrook se hallaba ya entre rejas, lo mismo que Walter, Sholto y Nat, los tres matones contratados por ella.

Los cuatro habían cantado de plano.

No tenían más remedio que hacerlo, hallándose también detenida Jennifer Addison. El plan de Claudia había fallado y los cinco iban a sufrir las consecuencias.

El que no tenía nada que ver en el asunto, era el tipo joven con quien mantenía relaciones íntimas Claudia. No sabía que ésta había ideado un plan para quedarse viuda... y con todo el dinero, así que él no había sido detenido.

Sylvia preguntó:

—¿Sospechaba usted de Frank Latham, Tom, o lo descubrió por casualidad...?

—No sospechaba, pero me extrañó que accediera tan fácilmente a que tú dejaras su club, con el éxito que estabas teniendo —respondió el detective—. Recordé que la noche pasada recibiste la llamada a los pocos minutos de haber finalizado tu actuación, y pensé que podía tratarse de alguien del club. El hecho de que el tipo que te amenazó disimulara su voz con un pañuelo, acentuó mis sospechas. Tenía que ser alguien del club. Cuando vi que Frank Latham se introducía en su despacho, después de que tú entraras en tu camerino, me acerqué a la puerta y... Bueno, así fue como lo descubrí.

—Es usted un gran detective, Tom.

—Y tú una gran artista, Sylvia.

—¿Le gustó mi número?

—Me entusiasmó, como a todos.

—Espero ser también una buena secretaria.

—No me conformo con eso.

—¿Qué más quiere?

—Que seas también una buena esposa.

—¡Tom...! —exclamó la artista, respingando.

El detective se deshizo de su copa y la rodeó con sus brazos.

—¿Lo serás, Sylvia?

—¿De veras quieres casarte conmigo, Tom?

—Sí.

—¿Con una «strip-teaser»...?

—Ya no eres una «strip-teaser».

—Pero lo he sido.

—No me importa, te lo aseguro. Sé que eres una buena chica, que te quiero, y que deseo tenerte para siempre a mi lado.

Sylvia, que había dejado también su copa sobre la mesa del living, le echó los brazos al cuello y confesó: —Yo también te quiero, Tom. Y seré una buena esposa, te lo prometo. —Estoy seguro —sonrió el detective, y la besó ardorosamente, al tiempo que la estrechaba con fuerza.

Todavía le dolían las costillas, pero no se enteró.

Estaba pensando en otras cosas.

En las cosas que, poco después, hacía con Sylvia en el dormitorio.

Y tampoco entonces le dolió nada.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España